

LA MUERTE, CERTEZA DE LO INCIERTO EN MIGUEL DE UNAMUNO.
UN ACERCAMIENTO A SUS OBRAS

CARLOS ANDRÉS AGUDELO HENAO

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
FACULTAD DE FILOSOFÍA
MEDELLÍN
2015

LA MUERTE, CERTEZA DE LO INCIERTO EN MIGUEL DE UNAMUNO.
UN ACERCAMIENTO A SUS OBRAS

CARLOS ANDRÉS AGUDELO HENAO

Tesis de grado para optar al título de Magíster en Filosofía

Asesor

PBRO. JACINTO ARTURO CEBALLOS MARÍN

Magíster en Filosofía

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
FACULTAD DE FILOSOFÍA
MEDELLÍN
2015

Nota de aceptación:

Firma del Presidente del jurado

Firma del Jurado

Firma del Jurado

Medellín, Enero de 2015

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO I. CONCEPCIÓN UNAMUNIANA DE LA MUERTE, LA CERTEZA DE MORIR	10
1.1 La muerte como certeza y posibilidad	10
1.2 Necesidad de la inmortalidad ante la certeza de la muerte	19
1.3 La muerte como provocadora de la reflexión filosófica	25
1.4 Dios y religión, <i>garantías</i> de inmortalidad	28
1.5 ¿Inmortalidad del alma o resurrección de la carne?	34
1.6 ¿Pensar o sentir la inmortalidad?	42
 CAPÍTULO II. LA AGONÍA COMO LUCHA: REALIDAD INEVITABLE EN LA VIDA DEL HOMBRE	 45
2.1 La agonía del <i>¿para qué?</i>	45
2.2 La agonía del hombre que vive por la fama o por la descendencia	49
2.3 La agonía como camino a la tragedia	55
2.4 El sentido de la vida frente a la realidad de la muerte	64
 CAPÍTULO III. LA REALIDAD DE LA MUERTE, ENTRE LA CERTEZA Y LA INCERTIDUMBRE	 71
3.1 Entre la certeza objetiva y la certeza subjetiva	71
3.2 Incertidumbre frente al <i>futuro</i> del hombre que muere	73
3.3 La religión como fundamento de conciliación entre la certeza y la incertidumbre	78
3.4 La concepción de religión en Unamuno	81
3.5 Ante la muerte, ¿religión o ciencia?	84
CONCLUSIONES	90
Referencias bibliográficas	94

RESUMEN

La presente investigación aborda el tema de la muerte y lo que este conlleva, teniendo como fuente de inspiración y motivación el pensamiento de Don Miguel de Unamuno, quien se dedicó a la reflexión de estos temas en sus obras poéticas, en sus ensayos y novelas, pero sobre todo en sus obras *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* y en *La agonía del cristianismo*. Las preguntas sobre cómo concibió Unamuno la muerte son motivadoras, así mismo como el interrogante acerca de si al autor le resultó posible o no, mediante su razón, conciliar de alguna manera su contradicción interior generada por la agonía, la tragedia, la duda y la esperanza de la fe cristiana.

Siguiendo los elementos del método hermenéutico-crítico, mediante la lectura atenta y juiciosa del pensamiento unamuniano, reflexionando y comparando con el pensamiento y las propuestas de otros autores y otras disciplinas como la antropología, la sociología y la psicología, se ha logrado interpretar desde el pensamiento unamuniano que la muerte es la certeza de lo incierto. Y para comprender mejor esta afirmación es necesario reconocer que el hombre no sólo debe pensar sino sentir, no sólo saber sino también creer; pensar y sentir, saber y creer como medios o caminos hacia el conocimiento.

La investigación hace un recorrido en el cual parte de la concepción unamuniana de la muerte, pasando por temas como la fama y la descendencia, la necesidad de la inmortalidad, la incompreensión del tema de la resurrección de la carne. Además se analiza la necesidad de Dios y de las religiones o las creencias como garantías de inmortalidad. Se trata de hacer una comprensión de lo que significa la certeza y en qué se identifica con la esperanza cristiana y la fe. Se comprende cómo Unamuno concibe y experimenta la angustia, llegándose así a la tragedia y lo que esto provoca en la vida del hombre de carne y hueso, el hombre unamuniano, que es el único que tiene conciencia de su muerte.

Palabras clave: muerte, inmortalidad, resurrección, agonía, tragedia, lucha, dios, religión, certeza, incertidumbre, posibilidad, filosofía, vida.

INTRODUCCIÓN

En *La muerte, certeza de lo incierto* se discurre filosóficamente en el hecho de la muerte como una realidad humana siguiendo el rastro al pensamiento de Don Miguel de Unamuno, quien invita a hacer un acercamiento a este tema desde la reflexión en la angustia, la tragedia, la inmortalidad, la nada, la certeza, Dios. Es un discurrir filosófico, entendiendo la filosofía como la concibió el pensador español, no como un cúmulo de conocimientos, postulados y conceptos abstractos sino como visión del mundo que nace del sentimiento de la vida, que influye y determina la existencia del hombre.

El tema de la realidad de la muerte es siempre actual porque todo hombre durante la historia se ha interrogado por el sentido de la vida y de la muerte, ha tenido diferentes formas de entender y de asumir *el después* del morir y, de cierta manera, se ha visto determinado en sus comportamientos éticos y morales a partir de la concepción que tenga de la muerte y de ese *después* que le sobreviene.

Por tal motivo, es pertinente en el actual momento histórico, en el que se evidencia que poco se valora y se respeta la vida, hacer una reflexión como ejercicio hermenéutico desde las obras de Unamuno acerca de la muerte y el sentimiento que ésta genera en la vida del hombre que se siente tocado cuando la experiencia del fin le pasa ante sus ojos, bien sea porque ha experimentado muy de cerca la posibilidad de morir o porque ha visto morir a sus seres queridos, tal como es el caso de don Miguel de Unamuno, quien se vio afectado por la experiencia de la muerte, especialmente por la muerte de su padre mediante un supuesto suicidio y la muerte de su pequeño hijo debido a una enfermedad. A partir de esta experiencia surgen muchas dudas, cuestionamientos, contradicciones.

Muchas de las preguntas que Unamuno se hacía se las habían planteado algunos hombres antes y siguen apareciendo aún hoy. Quizás el gran interrogante, y el más trágico para el hombre, es: ¿Para qué vivir si se tiene que morir?

Sin duda, hoy se aborda el tema desde distintos puntos de vista; sin embargo, en este ejercicio hermenéutico se ha tratado de hacer un aporte de orden académico con el fin de que se motive el deseo de seguir discurriendo, investigando y aportando sobre el tema y sobre el pensamiento de Unamuno, quien provoca en el hombre el deseo de reflexionar, de pensar su propia vida, su propia muerte, y así todo hombre encuentra en su pensamiento sentido y gusto no sólo por filosofar sino también por sentir, llegando al conocimiento con todo el cuerpo.

Cuando me creáis más muerto / retumbaré en vuestras manos –escribió, pensando en sus versos-. Necesitaba creer en su perduración, en su resurrección, y se debatía entre dudas que intentaba salvar mediante la imaginación, ya que participaba de una idea deficiente de la razón, dominante en su tiempo, y que había llevado al irracionalismo. Su mérito imperecedero fue la reivindicación de la imaginación como método de conocimiento, y después de él había de verse con evidente claridad que la razón en plenitud incluye la imaginación, que Unamuno estaba en lo cierto a pesar de una dosis de error filosófico (Marías 1969 11).

No sería posible comprender el afán de don Miguel de Unamuno de acercarse al conocimiento y a la comprensión de realidades tan trascendentales para el hombre sin tener en cuenta la imaginación y con ella la fe, que es otra manera de conocimiento, pues él mismo no tuvo miedo de manifestar su desconfianza en la sola razón y en aquellos pedantes definidores que solo atinan a dar discursos y presentar hipótesis áridas sobre las realidades que tocan lo más profundo del ser humano, sabiendo que en verdad la vida no sólo se piensa sino que se siente, como se siente el cuerpo, como se siente el hombre en su ser entero y en su deseo de nunca dejar de ser, sino de resucitar en la carne y ser inmortal en su alma después de morir.

De esta manera, es posible que el resultado de esta reflexión sobre la muerte permita un cierto toque de tranquilidad a quien a ella se acerque o, por el contrario, le inyecte una alta dosis de angustia y de incertidumbre pues, al fin y al cabo, todo esto constituye para

Unamuno la contradicción y la lucha en la vida, lo que él define como agonía, la agonía del hombre que es el único ser que tiene conciencia de su muerte.

Buscando dar respuesta a la cuestión: *¿Logró conciliar Unamuno la fe con la razón o se quedó en la contradicción corazón – razón, filosofía – vida, muerte – inmortalidad del alma, resurrección del cuerpo?*, se abordan temas específicos organizados en tres capítulos: En el capítulo primero se trabaja la cuestión de la muerte en el pensamiento unamuniano, la muerte como una certeza; en el capítulo segundo la agonía y la lucha, que son temas fundamentales en el pensamiento de Unamuno a la hora de comprender la realidad de la muerte y son elementos fundamentales en lo que él denomina la *contradicción* del hombre; en el capítulo tercero se aborda la cuestión de la certeza y la incertidumbre. Por lo tanto, se trata de comprender con Unamuno que la muerte es la certeza de lo incierto, de manera que así se hagan vivos en el recuerdo y en la memoria los padecimientos, la lucha y la agonía que siempre acompañaron su vida y hasta su muerte. “Unamuno tiene que seguir siendo leído, comprendido, discutido, asimilado, rectificado, superado, con una sola condición: que lo llevemos dentro, que lo hagamos nuestro y sigamos adelante” (Marías 1969 13).

CAPÍTULO I

CONCEPCIÓN UNAMUNIANA DE LA MUERTE: LA CERTEZA DE MORIR

1.1. La muerte como certeza y posibilidad

La muerte es un tema central en el pensamiento de Unamuno, y desde el cual es posible comprender toda la obra unamuniana. Pero no sólo la muerte ocupa su pensamiento sino también todo lo que dicha reflexión conlleva: la inmortalidad, la resurrección de la carne, Dios, la vida misma, todo esto entendido desde el hombre, el hombre real, el hombre de carne y hueso, el hombre que siente y padece la existencia, el hombre que se interroga, que cuestiona, que lucha.

Una primera idea sobre el significado de la muerte para Unamuno es que ésta representa un paso a la inmortalidad, a una vida más abundante; la muerte es una *posibilidad* que constituye un problema que conlleva a la angustia en vista de que el hombre no puede dar ese paso a la inmortalidad en su totalidad, con su cuerpo y con su alma: “Tiemblo ante la idea de tener que desgarrarme de mi carne; tiemblo más aún ante la idea de tener que desgarrarme de todo lo sensible y material, de toda sustancia” (Unamuno 1912 312). Resulta muy complejo pensarse en otras dimensiones, fuera del tiempo y del espacio, tanto como pensarse no existiendo porque el cuerpo mortal hace parte del ser y es tan importante como el alma, por tanto, tan merecedor de inmortalidad y eternidad como ella.

Cuando el hombre se piensa y se siente, lo hace desde lo material, lo sensible. Lo hace desde su cuerpo; pero si la muerte es la destrucción del cuerpo, el fin de lo sensible y lo material, entonces ¿cómo entender una inmortalidad reducida, es decir, sólo del alma, si el cuerpo es parte esencial de lo que es el hombre? El hombre se identifica y se reconoce por su cuerpo, pues es por él que se tiene una idea de la forma, de la materia, del espacio

que se ocupa y del tiempo que se habita; no sucede así con el alma que, aunque se supone y así se ha enseñado en la filosofía y teología cristiana, es la que anima el cuerpo, no se puede decir nada de su forma o de su materia y no puede, por tanto, ocupar un espacio ni habitar un tiempo. Por esa razón, para tratar de comprender un poco el alma es necesario hablar de eternidad, de inmortalidad y de infinitud; pero si el hombre no es sólo alma sino también cuerpo, ¿qué quiere decir entonces la muerte y lo que sobreviene después? ¿Y el cuerpo?

Unamuno... reivindica –con una fuerza, una originalidad y una emoción desconocidas en su tiempo- la vida perdurable, individual, personal, como único afán de todos los hombres. “La cuestión humana –escribe en su ensayo Soledad, en 1905– es la cuestión de saber qué habrá de ser de mi conciencia, de la tuya, de la del otro y de la de todos, después que cada uno de nosotros se muera” (Marías 1969 22).

Quizá sólo el alma sea inmortal, y la inmortalidad es, según Unamuno, una realidad que se le impone al hombre como una necesidad, ya que repugna a la razón pensar en la inexistencia; es preferible el infierno a la nada, como es preferible seguir siendo quien se es, aunque sea un desgraciado, que ser otro aunque sea feliz, porque ser otro implica dejar de ser el que es, lo cual choca con la naturaleza humana, que lleva implícito en sí el deseo de conservación, deseo de conservación y prolongación que es lo que tal vez constituya la inmortalidad.

La agonía que provoca la realidad de la muerte viene dada por la experiencia de la vida, de la angustia que al vivir produce pensar en esta realidad. “La muerte juega un papel esencial en nuestra vida hasta el punto de que ésta sería radicalmente distinta si no existiera la certeza de la muerte” (Burgos 2005 357). Se piensa la muerte no porque se muera para hacerlo sino porque se ve morir a otros. Tal fue la experiencia del filósofo español que sintió la agonía y la tragedia por su impotencia e incapacidad de hacer algo ante la muerte de su hijo, combinada con la experiencia de la muerte de su padre; tal vez por eso no se

acierta a hacer una reflexión profunda sobre la muerte porque para conocer es necesaria la experiencia, pero quien muere no puede ya hacerlo.

Esta falta de experiencia, además de ser un obstáculo insuperable –solo tendremos experiencia directa cuando nos muramos y entonces ya no nos será de ninguna utilidad- nos indica que comenzamos a adentrarnos en los *terrenos límites de la filosofía*, es decir, en aquellas zonas en las que el intelecto humano comienza a perder pie y a enfrentarse con problemas que le superan de forma radical. (*Id.* 361)

Se asume el hecho de la muerte cuando se es testigo de la muerte de los demás, pues no se muere para creer o saber que la muerte existe sino que se ve morir a otros para tener certeza de la muerte.

La muerte propia no se puede concebir; tan pronto intentamos hacerlo podemos notar que en verdad sobrevivimos como observadores... En el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que viene a ser lo mismo, en el inconsciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad. (Freud 1915 Texto Online)

Por eso cuando el hombre se enfrenta al momento triste y angustiante de la muerte de otros, se conmueve y se cuestiona, pero evade la posibilidad de pensar en su propia muerte; en cierta medida busca sentirse inmune a la muerte, quiere creer que es una realidad que puede tocar a todos menos a sí mismo. Pero también se tienen casos de personas que, al ver morir a las personas más amadas, protestan, se quejan y piden hacer un intercambio, creyendo que fueron ellos quienes debieron morir y no sus seres queridos; esto sucede con frecuencia, por ejemplo, cuando se mueren niños, es lo que hace un padre frente a la muerte de su hijo. Hay quienes también en los momentos de enfermedad de un ser querido buscan adelantar una negociación con Dios o con la misma muerte y hacen promesas y ofrecimientos a cambio de que la muerte no pase llevándose consigo a aquel que por dicha enfermedad se ve en peligro de ser arrebatado por ella. Pero por más que se presenten estos casos, no se pueden asumir como aceptación de la muerte sino que

constituyen un intento desesperado por evadirla o postergarla, ya que es difícil pensar en la muerte propia o en la muerte de un ser querido, y si hay quien lo haga, su pensamiento está viciado por sus temores y angustias, así como por los deseos que tiene de vida eterna o de reencarnación -o de cualquier otra realidad según su creencia- y así el pensamiento sobre la muerte puede estar muy lejos de la realidad, pues no se tiene conocimiento pleno y cierto de lo que es todo ese proceso del morir. Así mismo, de los demás sólo sabemos que mueren. De la otra vida, intelectualmente, no se tiene la certeza absoluta por una razón: se trata de ver si la vida es posible con otra estructura empírica, pero como es empírica hay que tener una experiencia. Eso supone un elemento de zozobra.

La experiencia que se tiene de la muerte se limita a la tumba, de ahí en adelante se encuentra con lo que Burgos (2005) llama los terrenos límites de la filosofía, y si se llega a saber algo es por la fe o como resultado de hacer una opción en la creencia como medida o protesta ante la muerte, como alivio de esperanza y consuelo. Así algunos hombres desesperados, incomodados por el hecho de la muerte y otros tantos, fascinados por ella, desean de tal manera la inmortalidad que hasta la imaginan, y la manera como la imaginan es tan importante que conlleva a caracterizar el ritual funerario en cada cultura.

¡Qué inexplicable es el misterio de la muerte! Es definitivamente el más singular viaje a lo desconocido, por eso seduce y atemoriza. Son muchos los momentos en que el hombre desea morir, pero son muchos más en que busca evadir la muerte a cualquier precio porque morir, a pesar de todo, puede resultar fácil, lo verdaderamente difícil es saber lo que viene después. Morir, morir pronto, morir ya... o no morir, nunca morir; porque la seductora muerte no promete nada. Solo la fe, la esperanza, la teología, la religión prometen algo; pero la muerte no es más que muerte.

¿Puede ser la muerte un volver al origen, a donde se pertenece, allí de donde se ha salido? Es posible que por eso tantos le teman pues no se sienten capaces de volver a su realidad original y primera, quizá porque no tienen memoria de ella y se les aparece como algo desconocido por lo que prefieren seguir habitando y participando de una realidad que

no es más que un sueño, una ilusión finita, trágica y agónica. Sin embargo, hasta los más optimistas con la vida llegan a un momento en el que por vejez, enfermedad, dolor, frustración, decepción, piden la muerte como la única manera de liberarse de su vida que, aunque haya sido buena, siempre termina por fastidiar, por cansar. “O bien, ‘la muerte viene a curar todo’, o bien ‘mejor sufrir que morir’; he ahí dos afirmaciones que en realidad son más complementarias que contradictorias, dos caras del mismo sentimiento: la una no va sin la otra” (Ariès 1984 22).

La expresión *dos caras del mismo sentimiento* lleva a pensar una vez más en Unamuno, para quien otra característica propia del ser humano es la posibilidad de cambiar de decisión: hoy puede decir no y mañana decir sí, y esto no se le puede recriminar pues el hombre de carne y hueso que piensa con todo el cuerpo está en continuo movimiento y cambio. De tal manera que el mismo hombre que hoy prefiere sufrir en vez de morir, mañana puede clamar la muerte como la única cura posible a su sufrimiento. Ante un sufrimiento de cualquier orden, bien sea físico, psicológico, emocional, el cuerpo se cansa, el ser se fatiga y aquello que antes era terrible ahora puede ser apetecible. La muerte, que en los tiempos de salud y bienestar puede verse como la más cruel de las amenazas, pasa a ser la más sólida de las esperanzas. De ahí que el problema es la manera como el hombre concibe la muerte, concepción que puede cambiar por el hecho de que quien la concibe es hombre.

Si bien es cierto que Unamuno tiene una concepción de la muerte como posibilidad de más vida, de vida eterna, no puede desconocerse que a él no deja de inquietarle el que también sea la realidad que despoja al hombre de todo, de su vida, de su cuerpo, de su ser; pero con todo y esto, la muerte sigue siendo una posibilidad. Pero la posibilidad es eso, lo posible, lo que puede ser o no ser; pero el hecho de que la muerte sea lo posible de otra vida, de inmortalidad, le da un sentido diferente a la existencia. También se encuentran aquellos que desde un principio descubrieron que la vida no lo es todo y no es un fin en sí misma; que la vida no es más que un paréntesis abierto que inevitablemente se debe cerrar; y así, sin dejarse seducir por esta, anhelan la muerte, y hasta la buscan. No es posible que a

aquellos se les condene, se les juzgue por su deseo, sabiendo que lo que buscan es noble: más vida, vida eterna, no buscan destruir su vida sino el dolor que esta provoca, y lo hacen volviendo a su origen y principio mediante la muerte o simplemente pasar a una vida mejor, perfecta, plena.

Burgos habla también de la muerte como posibilidad y certeza; sin embargo, la manera como presenta la muerte en cuanto posibilidad difiere del pensamiento de Unamuno.

La muerte se hace presente en la vida primero como posibilidad. Sabemos teóricamente que podemos morir en cualquier momento. La vida humana es frágil. Un accidente, una enfermedad repentina, pueden acabar con la vida de cualquiera, incluso con la del más fuerte. Pero esta mera posibilidad, el hecho de que me pueda morir ahora o dentro de una semana influye en nuestra vida de modo más bien anecdótico. Es posible, pero es altamente improbable y, por otra parte, no es algo que dependa en absoluto de nosotros. Por eso vivimos dejando de lado esta posibilidad que, sin embargo, es real. (Burgos 2005 357)

En esta misma línea afirma Yourcenar: “Este término tan próximo no es necesariamente inmediato; todavía me recojo cada noche con la esperanza de llegar a la mañana” (1988 10). Se entiende así por posibilidad lo contingente; de esta forma, para muchas personas la muerte es esa posibilidad pero que no se asume bajo la condición de que puede suceder muy pronto sino más bien como algo que puede suceder pero en un tiempo muy lejano. De ahí la expresión de muchas personas que enfrentan la muerte de un ser querido: “¿por qué me sucede esto a mí, por qué murió?” No se considera con suficiente seriedad la realidad de la muerte sino que, al verse como una posibilidad, las personas prefieren pensarla como lejana y casi imposible.

Es imposible pensar en la inexistencia. “No podemos concebimos como no existiendo” (Unamuno 1912 305). La muerte es posibilidad en cuanto después de esta se

puede encontrar vida, eternidad, inmortalidad. “¡Ser, ser siempre, ser sin término, sed de ser, sed de ser más!, ¡hambre de Dios!, ¡sed de amor eternizante y eterno!, ¡ser siempre!, ¡ser Dios!” (*Id.* 306). Esta hambre y sed de Dios, de eternidad, de inmortalidad, le permite a Unamuno concebir la muerte como la gran posibilidad, como el paso o el medio para alcanzar dicha inmortalidad.

La muerte es la posibilidad que el hombre tiene de encontrarse con su fin, entendiendo fin no como final sino como vocación o llamado a permanecer. Entendida la muerte de esta manera no cabría el sentimiento de frustración y tragedia ante la muerte de cualquier persona sino que debería ser un motivo de gozo y alegría al comprender que, sin importar la edad y la condición, quien muere está llegando al medio por el cual alcanzará la finalidad que, en términos cristianos, es la plenitud. Pero la realidad es otra: por más que la fe, las creencias religiosas y la apuesta por Dios alimenten la esperanza de una vida perfecta y eterna después de la muerte, esta última sigue agobiando al hombre y se sigue considerando una tragedia y el momento más amargo de la existencia humana. En Unamuno la muerte es la posibilidad de más vida; pero el hombre no quiere morirse, la idea de la muerte lo angustia, lo lleva a vivir de manera agónica y trágica.

La muerte es la única condena que puede librar al hombre de la condena de vivir. La muerte no es opción sino realidad dolorosa y terrible, es destino y es condena. Es un destino trágico en tanto nadie puede mostrarle a quien va a morir lo que le espera después de ese momento fúnebre. Es destino y es condena en la medida en que es inevitable, todos mueren. Es la muerte un destino, tanto para aquellos que esperan el cumplimiento de una vida futura como para aquellos que en un total pesimismo no encuentran ninguna posibilidad de inmortalidad. Es destino, pues hay total certeza de que se muere y lo único seguro que se espera es que este destino libre al hombre del destino de la vida, si es que se le puede llamar vida a un sueño.

Al pensar la muerte como destino aparecen muchas razones para justificar la inmortalidad y otras tantas para debatirla y negarla; sin embargo, “las razones no son nada

más que razones, es decir, ni siquiera son verdades” (Unamuno 1912 285). Quienes justifican la inmortalidad lo hacen con el argumento de que no tiene sentido vivir y morir sin una finalidad. Todo ocurre por algo, y la presencia del hombre en el mundo no es al azar o un simple capricho de un ser superior sino que responde a una voluntad divina y bondadosa que todo lo tiene planeado y pensado desde la perfección y la plenitud del mismo hombre.

Pero están también quienes no encuentran justificación alguna para la inmortalidad; al contrario, la niegan y justifican esta imposibilidad desde la vida misma. La existencia, la vida, el estar del hombre en el mundo no tiene ningún objetivo ni finalidad, es un simple accidente, es azar, es un proceso natural tal como existe un animal o una planta; se nace y se muere ordinariamente; la muerte es un hecho natural en el cual termina de manera definitiva e irrevocable el natural proceso de vivir. En el caso de que llegara a existir la inmortalidad, sería un abuso de cualquier ser superior, para quien el hombre vive y muere por su simple capricho. Entonces la inmortalidad sería el peor de los caprichos y un acto malvado y egoísta para que el supuesto ser superior pueda presentar su omnipotencia. La eternidad la querría Dios para ser alabado por sus creaturas en un absurdo *sin fin*. Así justifican muchos su negación de la inmortalidad aunque no se sabe si su corazón clame silenciosamente por más vida, una vida que pretenden negar.

Desde que el hombre nace está muriendo; muchos incluso mueren sin nacer. La muerte es lo único seguro que se tiene en la vida. Pero, ¿vale la pena pensar en la muerte? Las respuestas son contrarias: son insensatos tanto quienes piensan en la muerte como quienes no lo hacen. Los primeros, porque al pensar en la muerte llenan sus vidas de amargura y frustración, se olvidan de vivir; los segundos, porque al no pensar en la muerte, esta los encuentra desprevenidos y los golpea fuerte y dolorosamente. Pero es evidente que hay unos terceros que al pensar en la muerte se dedican al goce y al disfrute de los placeres, todo está permitido pues van a morir. Sea como sea, la muerte es el hecho más real y propio de la naturaleza humana.

La muerte es ante todo un hecho inevitable con el que nos topamos. Nadie duda de que vaya a morir. Todos los hombres que nos han precedido han muerto y todos los hombres que actualmente vivimos en la tierra moriremos... Sabemos que vamos a morir porque constatamos que nuestra estructura como personas está abocada a la muerte. (Burgos 2005 355)

Ante un hecho tan real, agónico y trágico, no cabe la posibilidad de caer en suposiciones al referirse a la posibilidad de que algún día los hombres dejen de morir, como en el cuento *El Inmortal*, de Borges:

Los inmortales eran hombres que habían bebido de un río que les concedía la inmortalidad, pero ese don se convirtió, con el paso del tiempo, en una maldición. Habían dejado de ser hombres activos, brillantes y poderosos, para convertirse en seres prácticamente inmóviles y casi primarios ya que carecían completamente de motivación. Todo lo que podían hacer ya lo habían hecho o tenían un tiempo infinito para hacerlo. (ctd en Burgos 2005 358)

La certeza de la muerte se impone y aparece como necesaria al entendimiento humano, pues quienes piensan la muerte como aniquilación total y definitiva entienden con ello el fin de una experiencia trágica y quienes creen en la inmortalidad del alma o en la resurrección del cuerpo, o en ambas, encuentran en este acto de fe el alivio y la posibilidad de consuelo después de una experiencia trágica que es la vida. El hombre se topa con la muerte como se ha topado con la vida, de ahí que tanto la vida como la muerte sean un destino y una condena; así mismo, cada uno, en la medida en que se vaya muriendo, se topará con su nuevo destino o nueva condena: o todo o nada, o más vida o la aniquilación total; todo es posible, aunque en un grito desesperado el hombre reclame el todo, más vida, la inmortalidad, y reclame incluso a Dios que es quien le eterniza.

El sentimiento de la muerte está inscrito en el interior del hombre; es este sentimiento, más que la cultura, que la tradición o que el ambiente, el que determina a los

hombres a actuar de tal o cual manera. Más bien, el sentimiento de la muerte, la manera como el hombre se relaciona con dicha certeza es lo que hace y determina la cultura, la tradición y el ambiente en que se mueve, tanto que en el tiempo actual se ha llegado a hablar de la *cultura de la muerte*. Es tan real el morir que son muchos los que se toman por su cuenta el momento preciso para hacerlo, dándose la muerte a sí mismos o matando a otros. De tal manera que no hay posibilidad de escapar a la muerte, el hombre está abocado a ella y ya que no cabe posibilidad de evitar la muerte, hay que hacer entonces de la muerte la gran posibilidad de más vida, de inmortalidad, de resurrección.

Así alimenta el cristianismo la fe del hombre desesperado, cuando osa entonar un canto, incluso al lado del cuerpo inerte de un ser querido, exclamando el verso bíblico “¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?” (1 Corintios 15: 55 Biblia de Jerusalén). Es querer mostrar que la muerte no tiene poder, aunque todos los hombres mueren; y si mueren, pero la muerte no tiene poder sobre ellos, entonces la toman como la gran posibilidad. *Resucitó, resucitó, resucitó*, y si el Cristo resucitó resucitarán también con él, como se cree que ya han resucitado quienes han muerto antes. La muerte es certeza porque es evidente que todos los hombres mueren y es certeza de lo incierto en cuanto es posibilidad de inmortalidad, una posibilidad incierta.

1.2. Necesidad de la inmortalidad ante la certeza de la muerte

Ante el hecho irrefutable de la muerte, la posibilidad de una inmortalidad se impone como una necesidad para el hombre que no quiere morir, para el cristiano que trasciende y no encuentra lógica la muerte sino como un paso o como la posibilidad unamuniana. “Y el fin de la vida es hacerse un alma, un alma inmortal. Un alma que es la propia obra. Porque al morir se deja un esqueleto a la tierra, un alma, una obra a la historia” (Unamuno 1924 545). Es preciso, por tanto, hacer historia o por lo menos contar historias, para que con ellas quede el nombre en la memoria de otros. Si bien esto no garantiza la inmortalidad

del alma, es la manera como el hombre cree que puede esquivar a la muerte; así lo cuenta de manera amena William Ospina en *El Último Cuento de Bradbury*, en donde el personaje se niega a entregarle la vida a la muerte, pues su vida está en la memoria de muchas personas y hasta la última gota de su vida la entregó a la muerte, pero en historias.

Veó lo que quiere decirme. Que no podré recuperar, para quienes me envían, la vida que le dieron, porque usted la convirtió en historias que ahora andan de boca en boca y de memoria en memoria. Que su vida ya no puede serle arrebatada y no puede ser borrada tampoco. (Ospina párr. 23)

Así, pues, el hombre busca de alguna manera hacerse inmortal y, al sentirse impotente para ser inmortal en cuerpo y alma, busca por lo menos ser inmortal en la historia, en el recuerdo de los que quedan vivos, sin importar si su nombre se inmortaliza por su bondad o por su maldad; se ve, por ejemplo, cómo se ha inmortalizado tanto el nombre de Mahatma Gandhi como el de Adolf Hitler. El hombre no quiere morir aunque tiene consciencia de lo inevitable de su muerte; quiere seguir viviendo y, aunque no puede evitar el entregar su cuerpo a la tierra, quiere dejar su nombre, su fama, en la memoria de otros; de ninguna forma quiere que su nombre quede en el olvido.

La fama, pues, es un medio de inmortalidad, pero lo es también, según el pensamiento unamuniano, la maternidad y la paternidad, ese deseo del hombre de hacerse inmortal en su descendencia. En esto radica, entonces, la agonía de quienes se entregan a la vida religiosa celibataria porque, al no encontrar posible su inmortalidad en los hijos, buscan la maternidad y la paternidad espiritual, y con ella la inmortalidad.

El sufrimiento de los monjes y de las monjas, de los solitarios de ambos sexos, no es un sufrimiento de sexualidad, sino de maternidad y paternidad, es decir, de finalidad. Sufren de que su carne, la que lleva el espíritu, no se perpetúe, no se propague. Cerca de la muerte, al fin del mundo, de su mundo, tiemblan ante la esperanza desesperada de la resurrección de la carne. (Unamuno 1924 550)

Según esto, los monjes y las monjas buscan no morir, eternizar su nombre ya no en los hijos de sus entrañas sino en los hijos espirituales; por eso es que culturalmente se les llama *padre* y *madre*, mostrando con esto la vinculación espiritual que se genera entre unos y otros, cada quien buscando su inmortalidad. “El monje que guarda virginidad, que se reserva la simiente de la carne, que cree ha de resucitar y que se deja llamar *padre* –si es monja, *madre*-, sueña en la inmortalidad del alma, en sobrevivir en la historia” (Unamuno 1924 589) y buscan hacer historia asumiendo esa paternidad y maternidad espiritual, buscándose *hijos* a quiénes redimir con sus oraciones y enseñanzas y poniendo en ellos la esperanza de no morir del todo. “Pero los vírgenes y las vírgenes del Señor viven angustiados por el instinto de paternidad y de maternidad” (*Id.* 590). ¿Cómo perpetuar, pues, el nombre?, ¿cómo ser inmortales? Hacer historia, dejar huella en su prójimo o dejar descendencia.

Pero, ¿es que no le basta al hombre tener fe, creer en la inmortalidad, por lo menos del alma? No, pues muchas veces la fe y la esperanza parecen desvanecerse, más aun cuando aparece la razón; por eso, ante la dificultad de creer siempre en la inmortalidad del alma, es necesario apacentar el corazón y acallar la mente con otras alternativas. Y así se pasan la vida muchos buscando agradar a los demás haciendo todo aquello que a los demás les gusta y tratando de ganar su aceptación. Por eso es común escuchar a muchas personas diciendo que cuando mueran quieren ser recordados por algo especial, por lo que hicieron, dijeron o pensaron. De esta manera puede entenderse también la sentencia *se mata a un hombre, pero no se puede matar una idea*, porque las ideas, las buenas ideas, los pensamientos profundos y los grandes actos superan a los hombres y podría pensarse que el hombre no hace sus ideas o sus actos sino que las ideas y los actos lo hacen a él. Al crear el hombre es creado y al ser creado va encontrando inmortalidad en el recuerdo que los otros tienen de él; mucho más si su creación son los hijos, pues en ellos se garantiza de alguna manera la inmortalidad.

Aunque hoy es preciso plantearse la pregunta por el sentimiento ante la muerte y la inmortalidad de aquellas personas que en el tiempo actual no quieren tener muchos hijos - algunos por la situación económica de la época, otros por simple querer-, porque es común escuchar a los matrimonios jóvenes, a los nuevos hogares, que no quieren tener más que un hijo, e incluso recurren a ciertas prácticas y métodos para evitar concebir más. ¿Acaso a estas personas no les interesa inmortalizar su nombre en la descendencia o creen que en un solo hijo se puede lograr tal cometido? ¿O será que ni siquiera han pensado en el asunto, así como poco se piensa en la realidad de la muerte?

La actual es una sociedad agitada, cansada, que vive siempre de prisa, imbuida en un sinfín de placeres, gustos, deseos y distracciones que no dan campo a la reflexión acerca de las realidades trascendentales. Cada día aparecen nuevas teorías y doctrinas que llevan al hombre a creerse eterno por sus propios méritos, sin necesidad de Dios ni de religión; su dios es él mismo y su religión es su ego. Por otra parte, todos los avances tecnológicos atrapan a la persona y le dan la sensación de que se debe disfrutar al máximo el aquí y el ahora, sin pensar en nada más que en el momento presente, y por eso da la impresión de que el hombre actual vive como si no fuera a morir.

Antiguamente, la situación era diversa: el ritmo más lento y pausado de la vida, más monótono y ligado a las estaciones y a las fuerzas de la naturaleza, permitía comprender experimentalmente a los hombres que también ellos un día quedarían sometidos a esas fuerzas naturales y morirían. Hoy, en cambio, la tecnología permite al hombre dominar a la naturaleza y las posibilidades de vivir y disfrutar se multiplican constantemente. Por eso, la muerte resulta particularmente repulsiva y sorprendente y se intenta expulsarla de la existencia. (Burgos 2005 363)

Ante este nuevo panorama, muchas personas tienden a acomodarse, a vivir el día a día haciendo siempre lo que están acostumbradas, cumpliendo con su rutina; de esta manera evaden su responsabilidad y pierden el interés por pensar en las realidades trascendentales; ya no se interesan en esas preguntas que tocan lo más profundo del ser, ya no reflexionan

en las situaciones límite y esperan que la ciencia y la tecnología, así como han solucionado muchos problemas de la vida y han permitido acceder a respuestas y conclusiones un tanto satisfactorias de cuestiones importantes, también solucionen y den respuestas al problema de la muerte. El hombre de hoy “está a la espera que la ciencia desoculte y descifre los misterios más profundos, como es su inmortalidad, su destino y su realidad personal llamada muerte” (Ramírez 2000 6).

La ciencia se convierte en el instrumento de quien piensa sólo con la razón y cuando la ciencia no puede darle respuestas claras se las arregla con la negación; es de esta manera como se ha llegado por la ciencia -y a nombre de ésta- a negar las realidades trascendentales, el fin último del hombre, el hecho de la muerte y la inmortalidad. Pero el hombre de carne y hueso, que piensa con todo el cuerpo, que piensa y siente, no puede quedarse en la negación sino que sigue buscando respuestas y consuelos desesperadamente; y cuando encuentra algunas respuestas, aparecen otros interrogantes y razones, ahondando más su sentimiento trágico.

Las respuestas de la ciencia cancelan la pregunta a la que responden y nos permiten preguntarnos cosas nuevas; las respuestas de la filosofía y de la teología abren y ahondan aún más compleja pero no la cancelan jamás totalmente: sólo nos ayudan a convivir con la pregunta, a calmar en parte nuestra impaciencia o nuestra angustia ante ella. (Savater 2007 18)

Tal vez lo que está afectando a la generación actual es la indiferencia. Ante tantas propuestas de diversa índole, sumadas a las grandes desesperanzas, a las injusticias, a las desigualdades sociales, a los escándalos de los líderes religiosos, a la corrupción de los líderes políticos, a las guerras, a los pueblos que mueren de hambre, el hombre se ha acostumbrado y se ha vuelto indiferente, porque ante una vida de estas dimensiones, ¿para qué desear otra? Y aparece el cristianismo agónico, en palabras de San Pablo, a dar esperanza, una esperanza que huele a resignación. “Estimo que los sufrimientos del tiempo presente no se pueden comparar con la gloria que se ha de revelar en nosotros” (Romanos

8: 18). El hombre se resigna a esta vida esperando una mejor, libre de tantas atrocidades y miserias.

Sin embargo, ¿sería esto lo que querría anunciar el Cristo? ¿Ante lo evidente de este mundo, cabe la posibilidad de esperar una vida mejor? Quizás no. Aun así, y aquí está lo paradójico, muchas otras personas llevan una vida totalmente cómoda con la posibilidad de satisfacer todos sus anhelos y deseos, sin mayores necesidades, pero que también terminan por fastidiarse de la vida y le ponen fin por sí mismos mediante el suicidio. ¿Será que ha existido alguna sociedad con mayor acceso a los placeres y más infeliz y sin sentido que la nuestra? “La industria del entretenimiento es uno de los sectores que más crece en el mundo. Pero una paradoja salta a la vista. Nunca tuvimos tantas opciones de diversión y seres humanos tan tristes, propensos al estrés y a diversas enfermedades psíquicas. Los éxtasis de placer no corresponden a una emoción estable, contemplativa y feliz” (Cury 2009 30).

¿Y aquellos que han disfrutado de todo en esta vida, querrán otra en la cual también podrían terminar fastidiados? ¿Más vida, o sólo esta, la actual, la presente? Y si el hombre quiere más vida, ¿la querrá igual a esta o totalmente diferente? Y si le cuesta vivir esta vida y más bien la padece, ¿para qué esperar otra? Aparecen, así, la contradicción y la agonía.

Ante este panorama, ¿cómo puede concebir el hombre otra vida, una inmortalidad?, ¿cómo saciar el hambre de inmortalidad de la que habla Unamuno? Frente a estos interrogantes vuelve a surgir la misma actitud de indiferencia. Pero aquellos que no son indiferentes y quieren seguir viviendo y tienen hambre y sed de inmortalidad, se sumergen en la esperanza de la creencia religiosa como vehículo que garantiza lo que el mundo común le niega. “No hay consuelo mayor que el desconsuelo, como no hay esperanza más creadora que la de los desesperados” (Unamuno 1924 552); y sí que son muchos los desesperados de este tiempo. Se tiene todo y hay decepción de la vida, se carece de todo y se recobra la esperanza. ¡Contradicción!

Yo no quiero consolarme. El consolarse del todo es la mayor limitación. La manida expresión de que “no somos nada” sirve para los que se consuelan de todo... La muestra más visible de la debilidad humana es que casi todas las personas son capaces de consolarse de todo, y hay cosas de las que uno no debe consolarse. (Marías ctd en Olaizola párr. 28)

De tal manera que el desconsuelo se convierte en un motivo para darle sentido a la vida o se convierte en la vida misma. El hombre no debe consolarse ni buscar consuelo ante la experiencia de la muerte; al contrario, en el desconsuelo desesperado debe buscar cierta creatividad en la vida, fortalecer su esperanza y entender que su desconsuelo y su desesperación sólo durarán hasta que llegue el momento de su muerte, de la suya propia; y el desconsuelo, la angustia, la agonía que el hecho de la muerte le había provocado, la misma muerte se encargará de ponerle fin, pues la muerte es a la vez verdugo y salvación.

1.3. La muerte como provocadora de la reflexión filosófica

La muerte es la mayor certeza y con ella el mayor desconsuelo, pero el único consuelo que puede buscarse el hombre es en el convencimiento de la inmortalidad que ayuda a mantener viva la presencia de los seres que le han precedido en ese trance. Y para este convencimiento es necesario recobrar el gusto por la filosofía, pues es cierto que al hombre de hoy le falta ese gusto, y sobre todo por la filosofía de la vida, esa que se piensa con todo el cuerpo; al hombre de hoy le hace falta volver al espacio de la reflexión, del pensamiento, de la poesía, de la propuesta, y deleitarse en ello. Así lo afirma Saramago: “Creo que en la sociedad actual nos falta filosofía. Filosofía como espacio, lugar, método de reflexión, que puede no tener un objetivo concreto, como la ciencia, que avanza para satisfacer objetivos. Nos falta reflexión, pensar, necesitamos el trabajo de pensar, y me parece que, sin ideas, no vamos a ninguna parte” (Texto Online).

El ejercicio filosófico se ha relegado al ambiente universitario, en donde se encuentran muchas búsquedas filosóficas; pero es un ambiente muy reducido cuando pensamos en el hombre en general. Es evidente que se necesita volver a la filosofía, al pensamiento como algo vital, que rescate al hombre de su indiferencia y de tantas distracciones que, en lugar de sosegar el corazón humano, lo agitan en desconsuelo y desesperanza.

Y con esto no se puede pretender que la filosofía le dé sosiego al hombre y que lo saque de la angustia, pues lo más probable es que le angustie más. Pero lo que sí es cierto es que, al filosofar, el hombre estaría haciendo lo que más le diferencia de los animales. El plantear cuestiones, generar dudas, preguntar y tratar de responder, el no sentirse nunca satisfecho y querer saber más y mejor, le dan al hombre un sentido de vida diferente, pues siempre querrá más vida para encontrar soluciones. Logrando lo anterior, el hombre sí que garantiza su inmortalidad, ya que generar pensamiento y motivar el conocimiento le hacen permanecer en los otros y en la historia. Por eso, lo más noble que puede hacer el hombre es filosofar acerca de su propia vida y de su muerte, acerca de la manera cómo ha de asumir su existencia, filosofar sobre su manera de creer. Una filosofía al estilo de Unamuno, la filosofía sobre Dios y la muerte y la inmortalidad. Esta es la verdadera filosofía, la que identifica al ser humano.

Unamuno, por razones históricas, por su pertenencia a una determinada generación, está inmerso en el *irracionalismo*... Como Kierkegaard, como William James, como Bergson, cree que la razón no sirve para conocer la vida; que al intentar aprehenderla en conceptos fijos y rígidos la despoja de su fluidez temporal, la mata. Por supuesto, estos pensadores hablan de la razón pura, de la razón físico-matemática. Esta convicción hace que Unamuno se desentienda de la razón para volverse a la *imaginación*, que es, dice, "la facultad más sustancial" ya que no se puede apresar racionalmente la realidad vital, va a intentarlo imaginativamente, *viviéndola y previendo* la muerte en el *relato*. (Marías 2008 359)

Es preciso prestar atención a esto porque hay muchos que pretenden filosofar pero desde *simples* argumentos racionales, desde la construcción de planteamientos y conocimientos que pueden favorecer a la ciencia pero poco a la vida; unos planteamientos abstractos, sosos y simples, y se las dan de pensadores y filósofos, cayendo con esto en lo que Unamuno llama pedantes definidores, que quizás se limitan a repetir lo que han dicho otros antes que él, y lo llegan a hacer con tal exactitud que limitan su creatividad y la capacidad de replantear y discutir.

Es necesario, pues, volver a la filosofía, pero no una simple filosofía de la repetición, de la memoria, sino más bien a la filosofía de Unamuno que es la filosofía de la vida, la que se piensa y se siente, que no basta con ser planteada y encasillada en definiciones y planteamientos exactos sino la que se padece, la que hoy dice sí y mañana no, la que duda, la filosofía de la vida que es la vida misma. Una filosofía sencilla, sin mayores adornos, que pueda compartirse y discutirse, que permita interrogarse por el propio yo, por lo que se es y se siente.

La filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella. Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma. Y esta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes tal vez. (Unamuno 1912 276)

De esta manera, se habla de la filosofía que no solo se piensa sino que se siente, es decir, aquella que se hace desde la vida misma, desde la cotidianidad y que lleve al hombre a una intimidad consigo mismo y como consecuencia de ello, a una manera determinada de actuar y comportarse.

Así, entonces, el hombre que piensa y siente de esta forma no tendrá la angustia de ser reconocido como filósofo sino que calma su sed de pensar y cuestionar, de saber y entender aunque no lo logre del todo; que al morir pueda sentirse tranquilo consigo mismo porque no se resignó a la vida sino que la pensó y la sintió, es decir, que vivió y luego podrá morir; vivió y murió, ese fue un hombre de verdad; pero su vivir y su morir no fueron ordinarios y simples, sino un vivir enmarcado en la dinámica de pensar y sentir la vida, de pensarse y sentirse a sí mismo, y que por tanto su morir no pasa desapercibido, ya que su morir es la posibilidad de quedar en la memoria de otros, por lo menos de sus hijos si los tiene. “Y así, lo que en un filósofo nos debe más importar es el hombre” (Unamuno 1912 277). Que el hombre al morir no sea recordado como un pedante definidor, sino como un pensador que padeció su existencia, así como don Miguel de Unamuno, que si bien no es reconocido por muchos como un filósofo ceñido a métodos y corrientes, fue un gran hombre que pensó en lo verdaderamente importante, quedando así en la memoria de muchos. “Es uno de los pensadores españoles más importantes. No se lo puede considerar como un filósofo en sentido estricto; y, sin embargo, es extremado el interés que tiene para la filosofía. Su obra y su propia figura personal constituyen, en rigor, un problema filosófico” (Marías 2008 358).

Unamuno no muere porque aún se discute su pensamiento; así, el hombre agónico que piensa y se piensa no morirá, sino que permanecerá por mucho tiempo provocando a otros a pensar y a filosofar, todo porque va a morir y la muerte debe ser el más noble de los motivos que lleve al hombre a encontrarle interés y gusto a la filosofía.

1.4. Dios y religión, *garantías* de inmortalidad

El hombre que piensa la realidad de la muerte quiere seguir viviendo y por eso hace una opción por la creencia en dioses y en las religiones, ya que estos le ofrecen la posibilidad de seguir existiendo en una vida más plena, quizá perfecta. “Y este cuerpo de

muerte es el hombre carnal, fisiológico, la cosa humana, y el otro, el que vive en los demás, en la historia, es el hombre histórico. Sólo el que vive en la historia quiere vivir también en la carne, quiere arraigar la inmortalidad del alma en la resurrección de la carne” (Unamuno 1924 558).

En la anterior expresión de Unamuno es posible interpretar su anhelo agónico por conservar su cuerpo, ese cuerpo que hace parte del *yo*, que es tan íntimo al propio ser, lo cual hace difícil la comprensión de la inmortalidad del alma después de abandonar el cuerpo, como si este fuera algo extraño. Al contrario, la inmortalidad del alma debe convertirse en el pretexto para reclamar la resurrección del cuerpo que es en definitiva la supervivencia, la conservación del propio *yo*, del hombre completo, del hombre de carne y hueso, y alma.

De esta manera es posible entender la idea que tiene Unamuno sobre aquellos que se suicidan; piensa que el suicida no quiere en el fondo dejar de existir, pues la idea de la nada repugna a la razón; lo que busca aquel es más vida, vida abundante. Se suicida porque tiene hambre de inmortalidad; así, todo hombre tiene hambre de inmortalidad aunque crea que no cree, en tanto muchos dicen no creer en la inmortalidad pero en el fondo la desean. Expresa Unamuno: “A la mayor parte de los que se dan a sí mismos la muerte, es el amor el que les mueve el brazo, es el ansia suprema de más vida, de prolongar y perpetuar la vida lo que a la muerte les lleva, una vez persuadidos de la vanidad de su ansia” (1912 310).

El suicida busca acelerar el momento de su muerte, esperando así garantizar la vida verdadera; “muero porque no muero” diría Santa Teresa. Y tal vez se caiga con esto en discurso teológico, pero lo que aquella santa pide a Dios, el suicida lo hace por sí mismo: morir ya, pues igual, de no ser ahora, morirá después, ¿qué diferencia hay? El suicida busca la muerte porque por ella espera encontrar la vida.

La filosofía lleva al hombre a entender que la muerte existe, que es un hecho real, palpable y latente en la historia de los hombres, de cada hombre; que el morir es propio de

la naturaleza humana. De muchas formas la filosofía ha abordado el hecho cierto de la muerte, pero en su discurrir lleva solo hasta la tumba, pues lo que de ahí sigue le corresponde a la fe y a la teología, y por tanto es un trabajo de las religiones. Estas se convierten en un alivio para quienes, como el pensador español, no quieren morir y no les convencen las razones de quienes no consideran posible la inmortalidad del alma.

Me dan raciocinios en prueba de lo absurda que es la creencia en la inmortalidad del alma; pero esos raciocinios no me hacen mella, pues son razones y nada más que razones, y no es de ellas de lo que se apacienta el corazón. No quiero morir, no, no quiero ni quiero quererlo, quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia. (Unamuno 1912 311)

Pero también tortura a Unamuno la duración de su cuerpo, el suyo propio, y de ahí viene la necesidad de las razones, aunque en vez de alivio provoquen más agonía. Así mismo, al no querer morir el hombre necesita a Dios como garantía de su anhelo. Al contrario, cuando el hombre pierde de vista la posibilidad de inmortalizarse, Dios pasa a un segundo plano, deja de tener sentido pues no lo necesita.

Unamuno entendía a Dios como el garantizador de la inmortalidad personal, y yo he insistido largamente en que Dios interesa por sí mismo. Pero la inmortalidad es la condición de que verdaderamente interese, es decir, de que siga interesando. Si el hombre muere total y definitivamente, todo deja de importarle, de interesarle, por lo menos desde el momento de su muerte... Dios nos ama siempre y para eso es necesario que tengamos que vivir siempre. La crisis religiosa de nuestro tiempo se debe a que la gente, hoy, ha olvidado la idea de inmortalidad. Y eso es muy grave. Si todo termina con la muerte, la religión no tiene sentido. (Olaizola Texto Online 2013 párr. 52)

Por tanto, la religión sobrevive en la medida en que las personas tengan esperanza en la inmortalidad. En ese sentido, para Unamuno ninguna religión es falsa, todas son verdaderas “en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto los consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya, la que le ha hecho” (Unamuno 1930 865). La religión hace vivir espiritualmente, pero esta vida y experiencia espiritual sólo le es útil a quien espera en la inmortalidad que, en palabras de Marías, “si yo me muero y me aniquilo, me dejaría de importar todo. Si algo no me va a importar para siempre, nada tiene importancia” (Olaizola Texto Online), ni la religión, ni Dios, ni la vida misma.

Pero como el hombre se resiste a morir y a pesar de sus contradicciones y de sus momentos de escepticismo o duda cree o quiere creer en la inmortalidad, vive religiosamente y busca hacer de lo incierto, una certeza. Así mismo, el hombre se hace a la idea de que la vida que le espera después de la muerte es un reflejo o es proporcional a la vida terrena, y quien así cree procura vivir bien creyendo merecer una vida eterna digna, más cerca de Dios y bajo la esperanza de una vida mejor; por eso en esta vida terrena los hombres inventan normas, manuales éticos y morales, mandamientos, y así subsisten también las religiones. Las religiones, por tanto, tienen sentido en la medida en que llevan a que las personas y los pueblos obren o traten de obrar de una manera determinada. Este obrar de dicha manera le da, a la vez, sentido a sus vidas; “de modo que tan anticuado es tratar de verificar los contenidos de la creencia como pretender intransigentemente refutarlos” (Savater 2007 14).

Por tanto, el hombre de la agonía necesita de Dios para mantener viva la esperanza en la resurrección y en la inmortalidad, porque es el único que puede garantizarle su inmortalidad después de la muerte; lo necesita porque se ha dado cuenta que por sí mismo no puede tener claridad sobre una vida eterna y, como es preferible el infierno a la nada, trata de mantener su fe en Aquel ser que puede garantizarle esta posibilidad, la de seguir siendo, seguir existiendo, escapar a ese terrible riesgo de aniquilación total e inexistencia. El hombre que sabe que ha de morir busca desesperadamente un alivio a su angustia, pues

es propio de la naturaleza humana querer seguir viviendo y para ello la inmortalidad, y para ésta, Dios, aunque sea necesario crear a Dios. “El alma humana quiere crear a su creador, al que ha de eternizarla” (Unamuno 1924 550). Si no existe Dios es preciso crearlo, para que con él exista la inmortalidad. ¿Terminará con esto siendo la vida del hombre un juego, una actuación, una pantomima? Dios mismo juega. “Como acaso Dios jugó a crear el mundo, no para jugar luego con él, sino para jugar a crearlo, ya que la creación fue juego. Y una vez creado lo entregó a las disputas de los hombres y a las agonías de las religiones que buscan a Dios” (*Id.* 552).

Pero si Dios ha jugado con la creación y con el mismo hombre, pues que juegue este a crear a su Dios, que haga de la vida un juego del cual nunca podrá salir vencedor, pues la muerte le pondrá fin al juego definitivamente.

Así lo comprende la generación actual y lo expresa por muchos medios, haciendo eco de la frase pronunciada por el grupo musical y humorístico *Les Luthiers*: “No te tomes la vida tan en serio, a fin de cuentas no saldrás vivo de ella”. Hágase lo que se haga, vívase como se viva, la muerte pone fin, la muerte tiene la última palabra, la muerte no da segundas oportunidades. Pero así como Dios juega con la creación, el hombre juega a ser creador también: para sentirse más listo que la muerte crea la inmortalidad, crea la resurrección, crea la reencarnación, crea hasta nuevas formas de vida en planetas más evolucionados; y para esto crea a Dios. El hombre que no cree o cree no creer, que se niega y se rehúsa a la posibilidad de la inmortalidad y la resurrección no necesita de Dios, no tiene necesidad de crearlo. Pero Unamuno cree que por más que alguien niegue la posibilidad de la inmortalidad, su corazón grita y clama por ella. Sea cual fuere la posición del hombre que sabe que ha de morir, su intento por afirmar la inmortalidad o por negarla, es un intento de escapar a la muerte o de superarla. El hombre no pidió vivir y vive; no quiere morir, pero morirá, es inevitable.

La filosofía de todos los tiempos se ha ocupado de estas realidades y, aunque con manifestaciones religiosas diferentes, todos los hombres han creído en la posibilidad de que

la muerte no sea el fin definitivo. Sócrates, mientras esperaba la muerte, reflexionaba sobre esta:

En efecto, yo –dijo– Simmias y Cebes, si no creyera que voy a presentarme, en primer lugar, ante dioses sabios y buenos, y, luego, ante personas ya fallecidas mejores que las de acá, cometería una injusticia no irritándome de mi muerte. Pero sabed bien ahora que espero llegar junto a hombres buenos, y eso no lo aseguraría del todo; pero que llegaré junto a los dioses, amos muy excelentes, sabed bien que yo lo afirmaré por encima de cualquier otra cosa. De modo que por eso no me irrito en tal manera, sino que estoy bien esperanzado de que hay algo para los muertos y que es, como se dice desde antiguo, mucho mejor para los buenos que para los malos. (Platón 2010 63c 37)

A pesar de tener fe que en la otra vida se encontrarán dioses y personas mejores, son muchas las personas que siguen sintiendo temor y miedo a morir, incluso se niegan a pensar en esta realidad; hay hasta quienes creen que hablar de la muerte es casi que invocarla y la llegan a catalogar como un tema prohibido. Entonces, ¿para qué la fe en una vida mejor? Es paradójico, y esta paradoja se convierte en la agonía del hombre que cree en una vida mejor después de la muerte, pero que no quiere morir. Se aferra a la vida, se niega a morir pero, ante la evidente imposibilidad de evitarla, cree en otra vida mejor, cree en la inmortalidad y en la resurrección.

Ante el tema de la muerte, aparecen para el hombre la angustia y el desasosiego al pensar en las personas que ama. La reflexión y el sentimiento de la muerte vienen acompañados del deseo de conservar la memoria para *reencontrar* en la *otra vida* a los seres queridos. Es la experiencia del desprendimiento, del desapego, a la vez que la negación a perder definitivamente a los seres que se han querido. De esta manera se hace mucho más doloroso el hecho de la muerte, hasta el punto que muchos no logran morir en paz sino que parten de este mundo en suprema angustia por los que dejan. Cabe anotar que los apegos del corazón no sólo aplican a personas sino también a bienes materiales. Por esta

razón, la muerte no puede ser una dulce muerte, como muchos esperan, sino la más amarga de las experiencias.

Esto es palpable cuando se visita un cementerio: los sentimientos de angustia, desesperanza y soledad que se perciben en el ambiente son indiscutibles porque pensar la muerte no es lo mismo que sentirla al ver morir a una persona que se ama. Ante este hecho doloroso y agónico pueden cambiar radicalmente las concepciones y hasta las convicciones personales sobre la muerte misma y sobre la vida; y si no se cambian, por lo menos se cuestionan. Y así, la muerte lanza al hombre a la experiencia de la suprema soledad. “Porque los hombres vivimos juntos, pero cada uno se muere solo y la muerte es la suprema soledad” (Unamuno 1924 555).

La vida es la experiencia de la colectividad, de la sociedad, pues no existe el hombre para estar solo sino que siempre necesita de los demás y está en función de otras personas. No se concibe un ser humano completamente solo, sin ningún tipo de contacto con otras personas. Todo hombre necesita de los demás, eso es lo que quizá constituye la vida misma; las relaciones interpersonales le dan sentido a la existencia. El *otro yo* no puede pasar desapercibido, también padece su existencia. El hombre vive en sociedad, pero cuando se enfrenta a la muerte lo hace de manera solitaria. Es posible que alrededor del moribundo muchos estén acompañando ese trance doloroso, algunos lloran y sienten dolor, pero ninguno puede sentir lo que en ese momento siente quien está muriendo; así mismo, el dolor que siente el afligido que ve partir a su ser querido es único y nadie más puede sentirlo o comprenderlo.

De esta manera se evidencia que la muerte no es un juego en el cual otro puede relevar o tomar el lugar del que muere; cuando la muerte llega, es imposible evitarla y quien tiene que morir lo hace en su propia soledad, lo hace solo, ya no con otras personas como en la vida, sino él solo, solo con su alma, porque hasta su cuerpo se queda a merced de aquellos que lloran su muerte, pero lo que pueda venir después de ese trance tiene que asumirlo en la suprema soledad. Quizá siga viviendo en el recuerdo y en la memoria de

algunas personas y hasta pueblos, pero el cuerpo se entrega a la soledad del sepulcro en espera de terminar siendo polvo; y el alma camina en la soledad de un más allá que solo sus creencias puede otorgarle, aunque sea de manera ideal.

Por eso la vida es algo social, pero la muerte es la suprema soledad. Y ante estas experiencias de dolor, angustia, soledad y muerte, Dios y las religiones aparecen para garantizarle a los hombres que su sufrimiento no es en vano; incluso algunas religiones, como el Cristianismo, presentan la esperanza de la inmortalidad y de la resurrección, realidades en las cuales nunca más tendrán que verse ante las experiencias límite, sino que se habitará en la plenitud eterna.

1.5. ¿Inmortalidad del alma o resurrección de la carne?

Otro problema que se impone ante la realidad de la muerte, que ya se ha mencionado antes, es la posibilidad de que después de la muerte se conserve no sólo el alma sino también el cuerpo. Unamuno habla acerca de la resurrección de la carne y de la inmortalidad del alma de esta manera:

Pero luego que murió Jesús y renació el Cristo en las almas de sus creyentes, para agonizar en ellas, nació la fe en la resurrección de la carne y con ella la fe en la inmortalidad del alma. Y ese gran dogma de la resurrección de la carne a la judaica y de la inmortalidad del alma a la helénica nació a la agonía en San Pablo, un judío helenizado, un fariseo que tartamudeaba su poderoso griego polémico. (*Ibid.*)

En este tema de la resurrección de la carne y la inmortalidad del alma se encuentran hoy muchas dudas y hasta ambigüedades. El común de la gente cristiana no comprende muy bien la idea de la resurrección de los muertos, aunque cada domingo lo profese. Esta misma situación provoca, sin duda, angustia y agonía a Unamuno, en quien no se evidencia

tampoco total claridad al respecto. Él comenta acerca de las dos posibilidades, la judaica y la helénica, pero no logra llegar a una conciliación y su sentimiento de contradicción se agudiza. Unamuno piensa en el cuerpo como componente esencial de la persona, y con razón, pues el cuerpo identifica al hombre, hace parte del ser; alguien sin cuerpo es inconcebible y la persona se puede concebir gracias al cuerpo. El cuerpo sin alma sería una cosa muerta, incluso no podría llegar a ser, pero el alma sin cuerpo es igualmente inconcebible, ya que gracias al cuerpo puede evidenciarse la existencia de un alma que anima dicho cuerpo. Aquí aparece la dificultad al abordar el tema de la muerte, pues muy bien se ha enseñado desde el cristianismo que al morir una persona, su alma sale de su cuerpo y éste inicia un proceso natural de descomposición, el cuerpo se daña, es algo que no subsiste por sí mismo: al perder aquello que lo animaba, no es más que una cosa que se descompone y se pierde. El alma es la que, por gracia, benevolencia o capricho de Dios, permanece. Para Unamuno es tan importante el alma como el cuerpo, el “cuerpo, cuna y sepulcro del alma, al cuerpo donde el alma nace y desnace, muere y desmuere” (*Id.* 550). De manera que el cuerpo es parte esencial para el alma, para el yo, para el hombre.

Anteriormente se concebía al cuerpo como la cárcel del alma, el lugar en donde esta se hallaba retenida y del cual debía liberarse.

–¿Cuándo, entonces –dijo él-, el alma aprehende la verdad? Porque cuando intenta examinar algo en compañía del cuerpo está claro que entonces es engañada por él.

– Dices verdad.

– ¿No es, pues, al reflexionar, más que en ningún otro momento, cuando se le hace evidente algo de lo real?

– Sí.

– Y reflexiona, sin duda, de manera óptima, cuando no la perturba ninguna de esas cosas, ni el oído ni la vista, ni dolor ni placer alguno, sino que ella se encuentra al máximo en sí misma, mandando de paseo al cuerpo, y, sin comunicarse ni adherirse a él, tiende hacia lo existente.

– Así es.

- Por lo tanto, ¿también ahí el alma del filósofo desprecia al máximo el cuerpo y escapa de éste, y busca estar a solas en sí ella misma?
- Es evidente. (Platón 2010 65cd 41)

De esta manera, resulta que el cuerpo sin el alma es nada, pero con ella se convierte en algo casi malo, pues retiene y esclaviza a quien le anima, y esta debe liberarse de aquel. “Mi cuerpo, ese compañero fiel, ese amigo más seguro y mejor conocido que mi alma, no es más que un monstruo solapado que acabará por devorar a su amo” (Yourcenar 1988 9). El cuerpo es lo más *personal* del hombre, pero es a la vez la cárcel que lo aprisiona con sus pasiones y sentimientos más bajos. Es por el cuerpo que se experimentan los placeres, los deseos, las frustraciones y los miedos; el cuerpo lleva al hombre a sentirse bien o mal consigo mismo, el cuerpo es la prisión más propia e íntima de cada hombre. Pero el cuerpo es el hombre mismo y si es necesario que el alma se libere del cuerpo, tendría necesariamente que liberarse de sí mismo. He ahí la contradicción, pues ¿se salva el hombre y puede sobrevivir sólo en la inmortalidad de su alma o puede también aspirar a la resurrección de la carne? El hombre de carne y hueso que nace y muere, sobre todo que muere, quiere la inmortalidad del alma y la resurrección de la carne, quiere salvarse él, todo él, completamente él.

Sin embargo, con el paso del tiempo se le hace justicia al cuerpo y deja de concebirse como la cárcel del alma y pasa a verse y a valorarse como una dimensión esencial e importantísima de la persona, pues se comprende que sin el cuerpo no hay posibilidad de ser, de existir.

El cuerpo “humano” se refiere al hecho de que el organismo participa en toda la realización de la persona y que ésta se expresa y se realiza en el cuerpo y a través del cuerpo. En otras palabras, “mi cuerpo” no es sólo un organismo que vive objetivamente e independientemente de mí; soy yo mismo el que vivo, el que siento, el que hablo, el que sufro, etc. Precizando más aún, hay que decir que el cuerpo “humano” indica la posibilidad concreta de ser y de comunicar con los demás en el

mundo. Con el cuerpo el hombre no está sólo orgánicamente en el mundo, sino “humanamente”, esto es, expresándose y realizándose en el diálogo con los demás. (Gevaert 1976 87).

Antes de poseer un cuerpo, la persona no puede tener consciencia de su existencia; si piensa y es consciente de que es y existe, es gracias a su cuerpo. De ahí que el cuerpo deba cuidarse, quererse, adornarse con dignidad. El cuerpo es el medio por el cual se expresa y se descubre la interioridad de la persona, es decir, su alma. Es muy popular aquello de que los ojos son el espejo del alma. El cuerpo habla del alma de cada quien, pues esta lo anima. De esta manera deja de entenderse el alma separada del cuerpo y se concibe como una unidad, como un par de piezas que no chocan sino que encajan perfectamente. El cristianismo presenta la idea de que el cuerpo es el vehículo o el medio por el cual el alma puede elevarse y santificarse. Por el cuerpo, el alma puede recorrer el sendero que le lleve a la inmortalidad en la luz y no en las tinieblas. No puede ser de otra manera, ya que al pensar en alguien que ha hecho historia, que se ha inmortalizado, se piensa inmediatamente en su cuerpo, y si no se le conoce, se piensa en su nombre y el nombre no se le da a un alma sino a un hombre, y el hombre no es solo alma sino también un cuerpo.

Pero como el ser humano es de extremos y le es difícil mantener el equilibrio, el cuerpo ha recobrado excesiva importancia en el tiempo actual, hasta el punto de olvidar casi por completo al alma y a la vida interior. De esta manera se habla hoy día del *culto al cuerpo*. El gimnasio, el deporte, la actividad física, las dietas, las cirugías estéticas y la industria cosmética evidencian la importancia que tiene el cuerpo para el hombre del siglo XXI. Parece que los intereses físico-corporales priman sobre los intereses espirituales, y por eso el hombre de hoy evade el tema de la muerte.

“La muerte del hombre contemporáneo se caracteriza principalmente por el intento de *ocultación*, por el rechazo radical de la muerte y su expulsión del terreno en el que se vive” (Burgos 2005 363), y si de algún modo se aborda el tema, el hombre desesperado expresa con Unamuno: ¡no quiero morirme! y el culto que se le tributa al cuerpo es como

un intento desesperado por conservar y retener la juventud, casi como una manera mágica de postergar la muerte. Se quiere prolongar el tiempo y ahí aparece la agonía: “El tiempo siempre se acaba escapando, el tiempo siempre vence. Quisiéramos detenerlo, controlarlo, pero no podemos, y esa incapacidad nos angustia y nos hiere internamente, porque el tiempo no es algo ajeno y exterior: somos nosotros mismos, es nuestra vida que se nos escapa, se debilita y desaparece (*Id.* 354).

Ese debilitamiento y desaparición del cuerpo va dando lugar a la muerte; o más bien, la muerte arrebatada la vida, arrebatada el tiempo y se le impone al hombre, y ese tiempo que el hombre quiere retener, procurando con esto retener la vida, desaparece, se esfuma, se escapa y toma su lugar la realidad más propia del hombre que es la muerte, su propia muerte.

El hecho real y cierto de la muerte no tiene un momento definido sino que, como de manera agónica se ha creído, cuando las personas están en su tiempo más pleno, aparece, se impone, llega de frente y arranca al hombre de la vida y del tiempo, sin importar si es niño, joven, adulto o anciano. El tiempo no es más que la espera de la muerte, un camino hacia ésta, pues desde que nacemos empezamos a morir.

Surge así otro elemento típico en la experiencia de la temporalidad: la perplejidad, el asombro de la persona ante su incapacidad por detener ese flujo, porque en el fondo piensa que debería poder hacerlo, que su destino no puede ser la muerte o la desaparición ya que late en él algo infinito, algo que debería perdurar para siempre. El tiempo conduce, por tanto, de manera inevitable a la cuestión final y última: la de la muerte y la inmortalidad. (Burgos 2005 355)

Esta cuestión del tiempo y la cuestión final y última, que es la muerte, hacen de la vida una experiencia subjetiva. “El horizonte del joven es casi infinito y siente que tiene todo el tiempo del mundo para hacer lo que quiera. Pero esto no sucede en la persona madura y mucho menos en el anciano, que siente que su tiempo se acaba. La muerte, por

tanto, se presenta como un hecho no sólo por una constatación externa, sino por una experiencia personal e interior” (*Id.* 356).

Pero la edad cronológica no determina nada, pues no se sabe cuándo se muere; puede morir el joven mientras el anciano sigue prolongando su vida. Esta misma realidad de la subjetividad de la vida hace de la muerte una experiencia muy personal, así como la manera de abordarla y de esperarla, o de evadir el tema; esto sin negar lo que de ella se aprende por la cultura.

Es evidente el valor del cuerpo, incluso actualmente en el cristianismo se enseña la necesidad de cuidarlo ya que este es el *templo del Espíritu Santo*, y no cuidarlo de manera equilibrada se convierte en un pecado. Pero esto hace más agónica la realidad de la muerte porque, ¿cómo comprender una vida después de la vida sin el cuerpo, cómo concebir el alma separada del cuerpo? Es por esta razón que Unamuno se angustia ya que quiere la resurrección e incluso la inmortalidad de su ser completo, cuerpo y alma, él no concibe la inmortalidad del alma sin la resurrección del cuerpo.

Da la tentación de creer que el cristianismo se queda corto a la hora de explicar la resurrección de los muertos, que es una importante confesión de fe; y si es que hay una doctrina clara, esta no se ha dado a conocer ampliamente a los fieles, a los cristianos agónicos, ya que el cristianismo es agónico, porque cuando es un cristianismo auténtico invita al hombre a hacerse otro cristo, a padecer la existencia esperando la inmortalidad del alma, pero poco habla del cuerpo y lo poco que dice es confuso. La doctrina cristiana habla de la resurrección no como un simple volver a la vida, sino como recibir de Dios una vida nueva y plena, que solamente Él puede dar. No así se escucha hablar claramente a los predicadores cristianos acerca de la inmortalidad, y si de repente lo hacen parece que se habla de esta como una consecuencia de aquella. Por eso lo expresa Unamuno cuando afirma que “nació la fe en la resurrección de la carne y con ella la fe en la inmortalidad del alma” (1924 555). Es, por tanto, hablar de dos posibilidades distintas como una sola realidad, como un solo hecho. Pero cuando la doctrina cristiana habla de la resurrección, ¿a

cuál cuerpo se refiere?, ¿a un cuerpo glorificado distinto del actual, o al mismo cuerpo que como el ave fénix renace de entre las cenizas?, o ¿a qué otro cuerpo? Y como la razón pide explicaciones concretas, parece que la doctrina no alcanza a darlas e invita a echar mano de la fe como el medio que permite *comprender* el misterio, es decir, aquello que no tiene explicación.

Lo anterior conlleva a que Unamuno llegue a concebir la inmortalidad del alma como algo social. “El que se hace un alma, el que deja una obra, vive en ella y con ella en los demás hombres, en la humanidad, tanto cuanto ésta viva. Es vivir en la historia” (*Id.* 556). Entonces, ¿quien vive en el anonimato y no hace historia, quien no deja una huella importante, está condenado al olvido y así a la muerte eterna? ¿Será suficiente quedar en la memoria de unos pocos? Al no llegar a tener claridad sobre la manera como se resucita o se es inmortal después de la muerte, se concibe entonces dicha inmortalidad un tanto alejada del plano teológico y espiritual, y más cerca de un acontecimiento histórico. Entonces la persona que hace historia, que deja una huella, será recordada, estará en la memoria de los hombres, y si fue grande su historia estará en la memoria de los pueblos, por tanto, se hace inmortal. De aquí que la descendencia y la fama se consideren como maneras de inmortalidad. Quien tuvo hijos asegura en ellos su inmortalidad y quien durante su vida ha adquirido fama, asegura mediante esta su inmortalidad en la memoria y en el recuerdo de quienes quedan. Así, pues, quien quiera tener certeza de su inmortalidad después de la muerte ha de asegurarse de tener hijos o fama. Y quien continúe con su ansia cristiana de la resurrección del cuerpo ha de tener fe y esperar, una fe que es propia de quienes creen que Cristo resucitó primero y que si no hubiese resucitado, como lo expresa San Pablo, serían los más desdichados de los hombres.

Estas reflexiones dan la tentación de volver a entender al cuerpo y al alma como separados y así mismo se entiende de manera distinta el después de la muerte, pues es evidente que el cuerpo se entrega a la madre tierra, al sepulcro, y allí se descompone, se hace polvo, se hace tierra; y el alma se entrega a la voluntad de Dios, que por fe se cree que la tendrá en un estado de plenitud eterna; no así el cuerpo, pues ¿cómo entender que ese

mismo cuerpo que se descompone en la tierra pueda resucitar a una vida nueva? La realidad de la muerte, la certeza de este hecho inevitable y la incertidumbre frente al después de la muerte, provocan angustia y múltiples interrogantes.

En las exequias de un hombre joven, quien tenía dos hijos pequeños, uno de ellos de unos siete años de edad, le pregunta al presbítero que le estaba explicando la muerte de su padre: *¿Y en el cielo uno se vuelve a morir?* Es que a esta edad es difícil comprender el concepto de eternidad; un adulto, creyente, apenas medio lo comprende. Pero el interrogante del chiquillo deja en evidencia esa angustia y el sinfín de preguntas que genera la muerte.

Parece que hay discordia entre el hombre y la muerte, y aunque la vida sea una experiencia poco gratificante se sigue prefiriendo esta antes que aceptar la muerte como una posibilidad de liberación. Se debe recordar que para Unamuno el suicida se procura la muerte no porque quiera morir sino porque busca con desesperación más vida, una vida quizá mejor.

Para el hombre de hoy, la muerte sigue siendo una condena, casi que una maldición y el grado de maldición puede variar según el tipo de muerte que se tenga. Es común escuchar a la gente decir que la mejor manera de morir es dormirse y no volver a despertar; de cierta manera, aquellos que no tienen miedo a morir sí tienen miedo al dolor y al sufrimiento que el camino a la muerte pueda provocarles. Pero, ¿por qué le cuesta tanto al hombre familiarizarse con la muerte? Lo más sensato es que el hombre se haga su amigo, que la espere con los brazos abiertos y la bese cuando llegue, total, de ninguna manera puede evitarla.

A pesar de todo sigue quedando el interrogante y sigue presente la angustia sobre la manera en que se pueda sobrevivir después de la muerte: o la resurrección de la carne o la inmortalidad del alma; o la primera como causa de la segunda, o la segunda como respuesta y necesidad de la primera. No importa la manera, lo realmente importante es que el hombre

no quiere morir nunca y existe en él un deseo natural por sobrevivir, que es acaso lo que lo hace inmortal.

1.6. ¿Pensar o sentir la inmortalidad?

En este escenario de posibles maneras para alcanzar la inmortalidad se encuentra que el conocimiento es también una de esas posibilidades. “El conocimiento está siempre sometido al apetito de perpetuación y de conservación” (Ramírez 2000 13). De tal manera que así queda justificado el afán del hombre por el conocimiento; son muchos los hombres de carne y hueso que, desesperados, dedican su vida entera al conocimiento, a la ciencia, a la reflexión, a un intenso cultivo del intelecto; es como si el saber y el conocer le dieran garantía de inmortalidad. “El conocimiento está al servicio de la necesidad de vivir, y primariamente al instinto de conservación personal” (Unamuno 1912 293).

Sin embargo, resulta irónico evidenciar que algunos hombres dedicados a la ciencia y al saber han terminado por negar la inmortalidad, así como cualquier posibilidad de existencia o de supervivencia después de la muerte; incluso son muchos los que cada vez más se afanan por seguir encontrando razones para negar dichas realidades trascendentales. Pero, según Unamuno, las razones no son más que razones, es decir, ni siquiera son verdades. Lo anterior genera cuestionamientos, pues no se sabe si la negación que hacen tantos intelectuales, tantos hombres de ciencia, de cualquier posibilidad después de esta vida y de la muerte, sea fruto de una profunda desesperación al no poder creer, o al encontrar una fe árida que no les permite cualquier atisbo de esperanza; o quizá sean, en palabras de Unamuno, pedantes definidores que se ufanan de negar alguna posibilidad trascendental con la mente, con la razón, pero cuyo corazón puede estar clamando a gritos la inmortalidad y la resurrección, y de ahí la experiencia unamuniana de la contradicción. “¿Contradicción? ¡Ya lo creo! ¡La de mi corazón, que dice sí, mi cabeza, que dice no! Contradicción, naturalmente” (*Id.* 285).

Dicha contradicción afana no sólo a los hombres de ciencia sino a todos los hombres que de cualquier manera reflexionan sobre su vida y su muerte. Pero esta experiencia de contradicción, de querer una cosa con el corazón y otra con la cabeza, es lo que constituye la lucha, y la lucha es la agonía, que es diferente que agonizar, y de ahí la tragedia. “Otra característica del hombre de carne y hueso de Unamuno es que es un hombre esencialmente trágico porque no está convencido de que ha de morir del todo, pero tampoco tiene la certeza de que ha de sobrevivir” (Ramírez 2000 27).

Además de trágico, el hombre es de experiencias ambiguas, sabe que va a morir, que es golpeado por el dolor que provoca la muerte de los que ama, pero que los aprisiona con fuertes sentimientos en su corazón y los hace inmortales en su recuerdo y en su memoria, y espera el momento dichoso del reencuentro con ellos en lo que ha dado en llamar *la otra vida*. Es el hombre que tiene dificultad para pensar su propia muerte, y que se autoconsuela al pensar que no puede morir del todo. Es el hombre que cree o quiere creer en la inmortalidad de su alma y en la resurrección de su cuerpo, pero no sabe cómo. Es el hombre que busca razones pero que, al final, le toca echar mano de la fe, y aunque ni la una ni la otra puedan darle garantía de su anhelo sino que lo remiten a la experiencia de la agonía y de la angustia, él sigue esperando, buscando razones para creer o creyendo para encontrar razones. Ese es el hombre de carne y hueso de Unamuno, que irónicamente podrá librarse de la angustia que le produce el morir, cuando muera. Sin embargo,

La angustia o congoja de Unamuno... es pura expresión de un desasosiego, incomodidad y desadaptación a las condiciones concretas del ser y del vivir, es fruto de un conflicto ontológico, que se origina en la conciencia de sí mismo y es inmanente a ella. Este conflicto implica la dialéctica de ser y no ser, de ser finito y de ser infinito, del todo y de la nada. Es el momento en que se encuentra a sí mismo por el choque de la conciencia de la limitación con el ansia de la realidad plena. Es en definitiva un sentimiento de hambre de Dios. (*Id.* 37)

Esta es la realidad del hombre de carne y hueso, de aquel que piensa no sólo con la razón sino con todo el cuerpo, con el afecto, con el sentimiento y con la emoción. Esta manera de pensar con todo el cuerpo permite tener un conocimiento y un saber más amplio, más cercano a la realidad misma del hombre, a la vez más trascendental, con luces de esperanza, una esperanza agónica que es la única que puede salvar al hombre de la desesperación. Así muchos lo niegan, o no crean, o crean que no creen, todos los hombres claman por sobrevivir. “Unamuno no creará la vida digna de ser vivida, sino estamos destinados a la eternidad. ¿Si no existe el más allá qué sentido tiene la vida, para qué vivir? (Id. 16). Por tal motivo “Unamuno prefirió sentir a pensar” (Id. 25).

El hombre de Unamuno es mucho más profundo ya que no se limita al concepto, el hombre conceptual, el hombre de los filósofos. “El hombre unamuniano tiene un porqué y un para qué luchar. Es consciente que combate para vivir y vive para combatir y en este terrible círculo de lucha, la finalidad es darle sentido a la vida y al universo” (Id. 27). Dicho sentido se da en la lucha, en la agonía. Por eso el hombre es agónico, el hombre que piensa y siente las realidades que le son más propias: su vida, su muerte, su anhelo de inmortalidad y de resurrección.

CAPÍTULO II

LA AGONÍA COMO LUCHA: REALIDAD INEVITABLE EN LA VIDA DEL HOMBRE

2.1. La agonía del *¿para qué?*

La muerte es una realidad irrefutable, nadie niega esta realidad pues es evidente el morir y esta evidencia lleva al hombre a la agonía de la vida, a la angustia existencial; ¿para qué vivir si se tiene que morir? “Si del todo morimos todos, ¿para qué todo? ¿Para qué? Es el *¿para qué?* de la Esfinge, es el *¿para qué?* que nos corroe el meollo del alma, es el padre de la congoja, la que nos da el amor de esperanza” (Unamuno 1912 309).

Es el *para qué*, muchas veces conjugado con el *por qué*, las preguntas claves al pensarse la vida y la muerte, preguntas que llevan al hombre a la agonía ya que constantemente no encuentran respuestas satisfactorias. De esta manera, cuando se piensa el *para qué* de la vida, bien sea desde la razón o desde la fe, la mayor parte de las respuestas que se logran dar suenan más a resignación.

El *para qué* y sus posibles respuestas se las plantea cada hombre desde su experiencia personal. Hay tantos *para qué* cuantos hombres hay en el mundo. Si se trata de entender el *para qué* de la muerte es probable que para los más desdichados la muerte sea una ganancia en cuanto pone fin a las desgracias de la vida; pero para otros que han tenido mayor fortuna en la vida, la muerte es una condena que limita los placeres y buenos momentos de la existencia. En cualquiera de los dos casos encontramos hombres agónicos, hombres inducidos a la lucha por la realidad de la muerte, que hacen de esa lucha su vida.

La pregunta por el *para qué* de la muerte puede quedarse en el mismo vacío que muchas veces supone la pregunta para qué la vida; sin embargo, ese *para qué* puede traer

esperanza al hombre agónico. El para qué es la lucha y la lucha es la agonía que lleva al hombre a la experiencia del sentimiento trágico de la vida. Este sentimiento trágico del hombre, de cada hombre, se convierte en el sentimiento trágico de los pueblos. El sentimiento trágico de los hombres y de los pueblos surge cuando se plantean el sentido de la vida, cuando se preguntan por el para qué todo, para qué vivir si se tiene que morir.

La vida es una agonía, una tragedia, especialmente cuando se encuentra con la contradicción al no poder conciliar la fe y los sentimientos con la razón; la vida es contradicción, la vida es agonía y el hombre es un sueño que sueña. “El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere –sobre todo muere-, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano” (Unamuno 1912 275).

Uno de los motivos por los cuales surge la experiencia de la contradicción es la dificultad para conciliar fe y razón, pues estas parecen tener lenguajes muy distintos, mucho más cuando se abordan temas trascendentales como es el problema de la inmortalidad. Mientras la fe invita al hombre a creer en una vida más plena y perfecta, que ha de ganarse desde la existencia terrena mediante una vida digna, mediada por la virtud y la gracia de Dios, la razón a su vez lo impulsa a comprender cómo es la otra vida y a buscar la manera de tener claridad sobre la posibilidad de una vida libre de las categorías espacio-temporales. Entonces, cuando la fe invita a creer, la razón lleva a tratar de entender; de ahí la experiencia unamuniana de pensar con todo el cuerpo, es decir, no sólo pensar sino también sentir. El hombre trata de conciliar su fe con su razón pero, puesto que muchas veces no lo puede lograr, se sumerge en la agonía. De la fe hay que rescatar que le pone como un fondo de esperanza a la agonía del hombre.

La agonía en Unamuno se entiende como lucha: “Agonía, *‘aywvía’*, quiere decir lucha. Agoniza el que vive luchando, luchando contra la vida misma. Y contra la muerte” (Unamuno 1924 545). Bien es cierto que toda la vida de cada hombre es lucha; siempre hay algo de lucha, de agonía en la existencia de aquel que a fuerza de costumbre aprende que la

vida misma es lucha y agonía. Cuando alguien está enfermo con muchas posibilidades de morir pronto y manifiesta señales de sufrimiento, se dice que está agonizando, queriendo decir y aceptar con esto que está próximo a morir. Pero la realidad es que el hombre agoniza toda la vida. El hombre que lucha toda su vida es el hombre agónico, su agonía es la lucha y el sentimiento trágico, su agonía es la experiencia de una vida que poco a poco se desvanece y se le escapa, acercándose de esta manera a la muerte. Es la agonía de la contradicción, la agonía de querer una cosa con la cabeza y otra con el corazón. La vida misma es agonía para el hombre.

Es de resaltar cómo la agonía se manifiesta mucho más en el cristiano, porque el cristianismo es agónico, el cristianismo del Cristo que vino no a traer paz sino guerra en el mundo, el que enseña a poner la otra mejilla e invita a amar a los enemigos; el Cristo que motiva a los hombres para que no le teman a la muerte, porque a donde él va, hay muchas moradas preparadas para quienes en él esperan. Es la agonía de la cruz, del sufrimiento, del sacrificio, en contraste con las invitaciones y motivaciones de un mundo que cada día se mueve más por el placer, por el éxito, por la abundancia. Es la agonía del hombre que se piensa y se siente, del hombre que lucha consigo mismo y hace de esta lucha su vida. El hombre quizás no es siempre agonizante, pero sí agónico.

Así, pues, el cristianismo durante mucho tiempo ha predicado la necesidad del sacrificio, del ofrecimiento de las luchas y dolores como una manera de agradar a Dios, de purificar el alma y de disponer el corazón para el encuentro total y definitivo con Dios, un Dios que le ha concedido la vida como un don, como un regalo, como gratuidad, pero una vida que es el medio para acceder a la vida eterna, a la vida plena y feliz, a la vida perfecta. Pero, por el contrario, si no se lleva una existencia digna sino libertina y alejada de los principios morales, entonces se llega a la muerte eterna que no es otra cosa que la ausencia de Dios.

Según lo anterior, parece que el cristianismo no ha logrado comprender de manera plena el deseo de Jesucristo cuando dice “Id, pues, a aprender qué significa *Misericordia*

quiero, que no sacrificio” (Mateo 9: 13), y se le sigue dando más importancia al sacrificio, al dolor, a una limosna, a un rito, que a una vivencia auténticamente cristiana conforme al querer y a la voluntad del Cristo.

“La cristiandad fue el culto a un Dios hombre, que nace, padece, agoniza, muere y resucita de entre los muertos para transmitir su agonía a sus creyentes. La pasión de Cristo fue el centro del culto cristiano. Y como símbolo de esa pasión, la Eucaristía, el cuerpo de Cristo, que muere y es enterrado en cada uno de los que con él comulgan” (Unamuno 1924 553).

Al lado del Dios Hombre que padece y muere, el creyente asume el dolor, el sacrificio, la agonía, como formas de agradecer el sacrificio de Aquel, y porque de esta manera él cree que obtiene la vida. Y, entonces, ¿qué será lo que realmente da la vida?, ¿habrá más vida, una vida diferente a la existencia que se padece?; y vuelve a aparecer el *para qué*: ¿para qué Dios, para qué religión, para qué todo? Dios, religión, inmortalidad, todo por miedo a la muerte o por deseo de perpetuación, o simplemente por darle cierto sentido a la agonía; así el cristianismo promete resurrección y vida eterna.

La agonía es, pues, lucha. Y el Cristo vino a traernos agonía, lucha y no paz. Nos lo dijo él mismo: “No penséis que vine a meter paz en la tierra; no vine a meter paz, sino espada...” “¿Y la paz?”, se nos dirá. Porque se pueden producir otros tantos pasajes, y aún más y más explícitos, en que se nos habla de paz en el Evangelio. Pero es que esa paz se da en la guerra y la guerra se da en la paz. Y esto es la agonía. (*Id.* 547)

De ahí la necesidad de rescatar la espiritualidad como una experiencia de fe y de relación con el Trascendente, por encima de la religión como sistema de tradiciones, ritos y celebraciones rituales. Una espiritualidad que viene dada por la reflexión personal incluso, por un ejercicio filosófico del hombre de carne y hueso que piensa con todo el cuerpo. Una

espiritualidad que a su vez, le devuelve al hombre que piensa y se piensa, un sentido más profundo y claro de lo trascendente y lo religioso.

2.2. La agonía del hombre que vive por la fama o por la descendencia

La vida se convierte para el hombre en una lucha, y en esta lucha se interroga inevitablemente sobre la realidad de la muerte. Es propio del hombre querer immortalizarse, de ahí viene el deseo de la fama, de la descendencia y el amor entre los hombres.

Cuando las dudas nos invaden y nublan la fe en la inmortalidad del alma, cobra brío y doloroso empuje el ansia de perpetuar el nombre y la fama, de alcanzar una sombra de inmortalidad siquiera. Y de aquí esa tremenda lucha por singularizarse, por sobrevivir de algún modo en la memoria de los otros y los venideros, esa lucha mil veces más terrible que la lucha por la vida, y que da tono, color y carácter a esta nuestra sociedad, en que la fe medieval en el alma inmortal se desvanece. (Unamuno 1912 316)

El anhelo de perpetuar el nombre por medio de la fama o la descendencia produce en el hombre una profunda agonía, porque en su deseo de perpetuarse y hacerse inmortal se encuentra con el alto precio de tal cometido. La fama, por ejemplo, exige de la persona una renuncia a muchos de sus intereses y deseos, pues esta consiste en ser reconocido por algo específico y por tanto implica ser mirado y vigilado por la sociedad, convirtiéndose así la vida privada e íntima en una ilusión, ya que cada día el hombre debe luchar por conservarla para poder ser recordado aún después de la muerte.

La fama es una alternativa que el hombre encuentra para hacer historia, para dejar huella, una obra agónica que lo desgasta en su afán de vivir más para los demás que para sí mismo, ya que debe estar cada día trabajando en pos de su imagen, de su físico, de lo exterior, sacrificando hasta su intimidad. Para alcanzar la fama se debe cumplir con unos

requisitos que correspondan a la moda, o hacer algo extraordinario que capte la atención de los demás; es lo contrario a lo que planteó Unamuno cuando expresó: “Es preferible sacudir las entrañas o las cabezas de cuatro semejantes, aunque sea lo menos artísticamente posible, a ser aplaudido y admirado por cuatro millones de imbéciles” (Unamuno 1902 106). Hoy, alcanzar la fama es ser aplaudido por cuatro millones de imbéciles, aunque no se logre sacudir sus cabezas o sus entrañas. Ahora, es posible alcanzar la fama, pero mantenerla durante largo tiempo se convierte también en un objetivo agónico, con el fin de dejar dicha huella en la historia.

De esta manera, cabe plantearse la pregunta por el ser pero, sobre todo, por el hombre de carne y hueso, enfrentado ya no a su propio destino sino a aquel que las condiciones sociales y culturales le imponen. “Este sujeto es el resultado de una serie de determinaciones histórico-culturales que le obligan al reconocimiento tanto de su finitud como de su temporalidad... Los criterios sobre la verdad se fijan, en el pragmatismo, a partir de los estándares y criterios que la sociedad haya establecido como aceptables y canónicos” (Suárez 2005 44). Es evidente, pues, que el hombre se enfrenta a los retos que le imponen la sociedad y la cultura, incluso a aquellos con los cuales debe cumplir para alcanzar la inmortalidad, dejar una huella, hacer historia y el camino para alcanzar esto que es la fama.

Por su parte, quienes quieren inmortalizarse por medio de su descendencia se encuentran también con un camino lleno de luchas y agonía. “Una vez nacidos, desean vivir y dar con su destino –o mejor descansar- y dejan tras de sí hijos para que engendren otros destinos” (Heráclito 1983 204). Dada la situación actual de la sociedad, dejar hijos a la historia se ha convertido en una tarea delicada porque todo el esfuerzo, dedicación y lucha pueden terminar en decepción y desengaño para los padres, puesto que son muchas las ocasiones en que los hijos no son lo que sus padres esperaban, provocando en ellos la agonía de la decepción o la desesperanza. ¿Qué decir, por ejemplo, de aquellos padres que después de haber puesto sus esperanzas y el sentido de su vida en un hijo, éste les es

arrebatado por la muerte de manera temprana, y ese deseo de inmortalizarse en la prole se ve frustrado?

También nos plantea Unamuno que “cada cual quiere afirmarse, siquiera en apariencia” (1912 316). La *apariencia* puede comprenderse aquí desde la realidad del hombre de hoy que, más que vivir, parece que *deambula* por la existencia sin mayor claridad de su origen y de su fin; así, hasta lo más superficial que le ofrece el mundo se convierte en un distintivo y en su razón de ser. Aunque el hombre pueda tener y hacer tantas cosas, es posible que no alcance su plenitud de vida, pero él cree afirmarse con esto y pasar así a la historia.

La mayor parte de los hombres de hoy no hacen historia sino que simplemente se dejan sumergir en la historia que otros quieren hacer con ellos. El hombre se ha convertido en un observador pasivo que aprueba, asume y participa de todo lo que el mundo actual le ofrece, por medio de los juegos maquiavélicos del comercio, por los intereses obstinados de los medios de comunicación, por un sinfín de nuevas ideologías, por los bajos manejos políticos.

El Oxford English Dictionary (OED) informa que, en el momento de ser registrada por primera vez (en 1449), la palabra “político” expresaba el sentido de “constitucional”, en tanto distinto de (y opuesto a) despótico o tiránico. Sin embargo, este uso, como comenta inmediatamente el OED, “hoy en día ha sido superado”. Parece como si el legado de Aristóteles hubiera sido desempolvado y reapropiado en el umbral de la modernidad en su prístina esencia original de lo ideal enfrentado con la realidad recalcitrante. (Bauman 2011 75)

Planteado lo anterior, es posible comprender que el hombre busca afirmarse en dicha indiferencia, lo que resulta ser una simple apariencia. Surgen así sendos interrogantes: ¿El hombre de hoy le tiene miedo al todo o a la nada? ¿Se ocupa el hombre

actual de pensar el problema de su muerte y de la inmortalidad de su alma, o lo ignora completamente?

De lo anterior surge otro interrogante: ¿Cómo hace historia el hombre de hoy? Ante lo dicho en líneas anteriores, cabe la tentación de pensar que hoy se puede hacer historia tratando de ser diferentes. En un mundo tan hostil, la bondad y la dignidad son signos de diferencia, y la diferencia tal vez no sea sinónimo de felicidad pero es por lo menos la garantía del esfuerzo agónico por hacer historia, por dejar huella sin caer en la limitación de ser un simple observador pasivo que repite mecánicamente lo que todos hacen, y peor aún, lo que los *poderosos* del mundo le indican que debe hacer.

El problema básico del hombre moderno, su motor de conflictividad, es la carencia de espacio vital para un debido desarrollo de su identidad y de una moralidad que le permita hacer de ésta la mejor vida posible, no por el almacenamiento desmesurado de bienes y dinero sino mediante un pacto que le asegure su condición de ser político, es decir, de poderse mover dentro de lo diverso social obteniendo lo necesario y sin ser agredido moral ni legalmente. (Ánjel y Maya 2006 123)

De esta manera, se hace historia en la lucha y en la agonía, en el cristianismo agónico que enseña que no se puede servir a dos señores a la vez, a Dios y al dinero. Es difícil entender este mensaje en un mundo que ha puesto todo su afán y cuidado en manos del dinero. Hoy se vigila y se custodia más el dinero que la dignidad humana.

Cuando el hombre muere nada material puede salvarlo, ni siquiera puede *llevarse* su cuerpo. Por más que el hombre de hoy viva afanado por todo tipo de comodidades, está abocado a la muerte y en el cementerio quedan en igual condición el rico y el pobre, el orgulloso y el humilde, el sabio y el ignorante, porque la muerte no hace distinciones y aunque los vivos sigan marcando diferencias incluso en el cementerio haciendo unas lápidas de mármol y de cristal, mientras que otras son hechas en barro, dentro del sepulcro

lo único que encontramos son cuerpos inertes, descompuestos, dañados, entregados al proceder de la naturaleza, mientras las almas han volado a buscar su inmortalidad.

Todo hombre está *destinado* a morir así como fue destinado a vivir. En términos menos optimistas, el hombre está *condenado* a vivir y a morir. Muchos son condenados a morir aun en el vientre materno, cuando apenas empiezan su vida; sin ver siquiera la *luz* de este mundo, la muerte les aparece de manera trágica e inminente; y aquí aparece la angustia al pensar en el problema de la libertad: ¿Es decisión de una madre desesperada el darle muerte a un ser que apenas se asoma a la existencia?, o ¿acaso el Creador de todo le mueve la voluntad y el brazo a dicha madre para cometer tal crimen? Si Aquel de quien se ha enseñado que es el Amor permite que le suceda esto a una creatura inocente, ¿qué no permitirá que le suceda al hombre que ya ha tenido tiempo de vivir, o mejor, de padecer la existencia? ¡Ni imaginarlo! Entonces, ¿la madre de esa creatura ha sido libre esta vez? ¿Es el hombre realmente libre o un simple ente de ficción en la mente de un ser superior que tiene la culpa de algunas cosas y de otras más crueles no? ¡Contradicción!

Es la libertad que se le ha concedido al hombre la que lo ha llevado a vivir de la manera como lo está haciendo.

Y respecto a esto de libertad y tiranía, no hay que decir tanto *homo homini lupus*, que el hombre es un lobo para con el hombre, cuanto *homo homini agnus*, el hombre es un cordero para el hombre. No fue el tirano el que hizo al esclavo, sino a la inversa. Fue uno que se ofreció a llevar a cuevas a su hermano, y no éste quien le obligó a que le llevase. Porque la esencia del hombre es la pereza, y, con ella, el horror a la responsabilidad. (Unamuno 1924 553)

En realidad, es más fácil para el hombre no hacerse responsable de su vida y de sus decisiones y dejarlas bajo la responsabilidad de otros hombres o de Dios; es más práctico tener a quien culpar, aunque con esto el mismo hombre esté menoscabando su libertad o la poca libertad que tiene. Esta expresión *homo homini agnus*, por la cual se entiende que el

esclavo fue quien hizo al tirano, es palpable por ejemplo en la situación política actual en donde es evidente la corrupción, las injusticias y desigualdades sociales, en donde los supuestos servidores públicos no desaprovechan ni la más mínima oportunidad para ganar beneficios económicos aunque el precio sea renunciar o faltar a sus principios éticos.

La desintegración de la trama social y el desmoronamiento de las agencias de acción colectiva suelen señalarse con gran ansiedad y justificarse como ‘efecto colateral’ anticipado de la nueva levedad y fluidez de un poder cada vez más móvil, escurridizo, cambiante, evasivo y fugitivo. Pero la desintegración social es tanto una afección como un resultado de la nueva técnica del poder, que emplea como principales instrumentos el descompromiso y el arte de la huida. (Bauman 2013 19)

En medio de este panorama surgen muchas inquietudes, pero la mayor de todas, quizás, es: ¿Por qué el pueblo no se pronuncia ante tantas injusticias evidentes, ante la tiranía que surge en nuevas formas, ante los *poderes* que se olvidan del bien común?, ¿por qué el hombre no se pronuncia aun conociendo que “la tarea de construir un nuevo orden mejor para reemplazar al viejo y defectuoso no forma parte de ninguna agenda actual –al menos no de la agenda donde supuestamente se sitúa la acción política”? (*Id.* 11). De esta manera se constata que “*fue uno que se ofreció a llevar a cuestas a su hermano*” (Unamuno 1924 553) quizás puede ser por pereza o por miedo a la responsabilidad.

Algunos pueblos de la actualidad son de una cultura tan folclórica que, aunque son víctimas del sistema político y económico, siguen inmersos en sus distracciones, lo que puede comprobarse en el consumismo; “la vida organizada en torno del consumo debe arreglárselas sin normas: está guiada por la seducción, por la aparición de deseos cada vez mayores y por los volátiles anhelos, y no por reglas normativas” (Bauman 2013 82).

Estas situaciones provocan la impresión de que se ha vuelto a la época romana de pan y circo, en donde el pan son las prebendas que se ofrecen a cambio de beneficios personales y no sociales o comunes, mientras que el circo es el manejo superficial,

parcializado y sin contenidos de los medios de comunicación. Hoy en día es más importante la suerte de un concursante del reality de moda, que la suerte de los campesinos, de los indígenas, de los estudiantes, de los trabajadores. Basta con mirar los noticieros para evidenciar esta situación.

En este mismo sentido, el escritor y orador hindú Jiddu Krishnamurti expresó que “no es saludable estar bien adaptado a una sociedad profundamente enferma”; sin embargo, se sigue siendo un pueblo acomodado, acostumbrado a dichas situaciones porque mientras haya pan y circo el hombre y los pueblos van al caos, pero lo hacen de manera distraída e indiferente. De esta forma el hombre no es tanto un lobo para con el hombre sino un cordero para con el hombre. Y así aparece de nuevo la contradicción.

2.3. La *agonía* como camino a la *tragedia*

Pensar profundamente la vida a partir del hecho de la muerte lanza al hombre a la realidad terrible de que no es del todo libre, de que hay fuerzas superiores que lo mueven, que lo hacen querer y desear, vivir y morir. Así se puede constatar en la novela de Unamuno, *Niebla* que quizá es la novela de todos los hombres. Allí, cuando el protagonista, Augusto Pérez, va a hablar con su creador –Unamuno- buscando en este acto una esperanza de liberación de sus angustias, trata de contarle su vida y sus vicisitudes, pero Unamuno lo detiene diciéndole que las conoce tanto como él mismo; claro, es que el creador conoce su obra. Así mismo le pasa a los seres humanos frente a esa fuerza superior que llaman *Dios*, que por haberlos creado los conoce mejor de lo que pueden conocerse ellos mismos.

Aunque, según la doctrina cristiana, Dios ha creado a los hombres como seres libres, lo que en realidad hace es escribir una historia con ellos; así, por ejemplo, aunque el hombre decida suicidarse, no puede, si no es porque su creador se lo permita, o más bien, se lo ordene.

De esta manera, el problema no es si el suicidio o cualquier decisión humana entran en las categorías de bondad o maldad; el problema es si el hombre está vivo o muerto, si está despierto o dormido, si actúa por voluntad propia o su creador le mueve la voluntad. Ni lo uno ni lo otro. Los seres humanos son simples entes de ficción, existen solo como en una novela, son llevados por la mano y la pluma del escritor, hasta que éste al fin decida, de una u otra forma, terminar la novela, o incluso terminar con su acto aunque la novela continúe, pues aunque muera, el mundo sigue y la vida de otros hombres continúa; de ahí el sentimiento trágico ya que son muchas las personas que, anhelando obrar bien, como Pablo Apóstol, terminan haciendo el mal que no quieren; por su parte, otros tantos buscan hacer el mal y hasta se encomiendan religiosamente para terminar de manera satisfactoria sus fechorías.

Esto es una tragicomedia, amigo Avito. Representamos cada uno nuestro papel; nos tiran de los hilos cuando creemos obrar, no siendo este obrar más que un accionar; recitamos el papel aprendido allá, en las tinieblas de la inconciencia, en nuestra tenebrosa preexistencia; el Apuntador nos guía; el gran tramoyista maquina todo esto. (Unamuno 1902 53)

Cabe, entonces, plantearse la pregunta: ¿Tiende el hombre al bien o al mal naturalmente o sólo acepta sus inclinaciones como un deseo caprichoso del creador, quien es el único que conoce la dinámica de la obra que está escribiendo? Se ha dicho que la libertad del hombre radica en la capacidad y posibilidad de tomar decisiones, pero a precio de asumir las consecuencias, bien sean positivas o negativas. Pero, ¿será que en realidad el hombre es del todo libre para tomar decisiones, o como en la novela de Unamuno se ve condicionado por lo que Dios, su creador, quiere hacer con él? Cuántas veces se ha escuchado a muchos decir que no entienden la razón para haber tomado tal o cual decisión. Quizá el hombre sea libre para tomar algunas decisiones respecto a su vida, pero no lo es para decidir sobre lo más importante: vivir o no vivir, morir o no morir, el cómo y el cuándo vivir o morir.

Es simpático recordar aquí un comentario que hace Unamuno en la mencionada novela, mientras Augusto conversa con Víctor, otro de los personajes:

Mientras Augusto y Víctor sostenían esta conversación nivolesca, yo, el autor de esta novela, que tienes, lector, en la mano y estás leyendo, me sonreía enigmáticamente al ver que mis nivolescos personajes estaban abogando por mí, y justificando mis procedimientos, y me decía a mí mismo: “¡Cuán lejos estarán estos infelices de pensar que no están haciendo otra cosa que tratar de justificar lo que yo estoy haciendo con ellos! Así cuando uno busca razones para justificarse no hace en rigor otra cosa que justificar a Dios. Y yo soy el Dios de estos dos pobres diablos nivolescos” (Unamuno 1914 691)

Esto es lo que puede pensar o decir Dios acerca del hombre cuando se afana desesperadamente por adjudicar las desdichas del mundo al mismo hombre que no ha sido responsable en el uso de su libertad. Si bien es cierto que gran porción de la sociedad cuestiona y culpa a Dios por las inclemencias de la naturaleza o por la misma maldad humana, son muchos más los que justifican a Dios diciendo que Él ha creado al hombre libre, convirtiéndolo en responsable de todo lo que sucede.

Así mismo, es común escuchar a las personas que enfrentan la muerte de un ser querido, diciendo que aquello es la voluntad de Dios y que esta no debe ser cuestionada aunque dicha muerte haya sido violenta. En momentos como este, la experiencia de muchos no es la presencia consoladora y esperanzadora de Dios sino su lejanía y casi que su abandono. El mismo Cristo, el Hijo de Dios, el Dios hecho hombre, en uno de los momentos más agónicos de su existencia, su muerte, proclamó con vehemencia: “*Elí Elí lama sabactani* –o sea: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*–” (Mateo 27: 46). Si tal fue la experiencia del mismo Hijo de Dios, qué podrán esperar y sentir los hombres, pobres y simples creaturas, que en los momentos de mayor agonía no saben siquiera cuál es el sentido de la vida, ni de dónde viene ni para dónde va, y se debaten en la

angustia y en la tragedia. Muchos hombres se pueden pasar la vida justificando a Dios olvidándose de sí mismos y asumiendo como propias las responsabilidades de quien consigo está escribiendo una novela.

La vida puede ser una simple novela, tal vez una tragicomedia, y los hombres son títeres de la mano juguetona y absurda de quien ha querido crear todo, incluso al hombre. “Dios, cuando no sabe qué hacer de nosotros, nos mata” (Unamuno 1914 715). La muerte es una realidad que el hombre no puede evitar de ninguna manera. Es la muerte un destino agónico porque no hay certeza de lo que pasa después pero es evidente que es el fin de esta pantomima que llaman vida. Todo esto es lo que provoca en sí la angustia, la contradicción, el sentimiento trágico unamuniano; el sentimiento trágico de la vida y el sentimiento trágico de la muerte.

De esta manera se llega a un punto en el que todos estos conceptos se unen, así como la libertad y la tragedia. “La tragedia es el costo de la libertad. La tragedia es un resultado de condiciones donde no existe una referencia absoluta” (Zuleta 2007 14). El sentimiento trágico de la vida sigue a las reflexiones sobre la vida misma y sobre la muerte, sobre la resurrección y la inmortalidad, sobre la posibilidad de seguir siendo o la posibilidad de la inexistencia. Viene la tragedia unamuniana no porque no exista una referencia absoluta -pues el mismo Unamuno expresó, como el hombre del Evangelio ante el Cristo, el Resucitado e Inmortal, “Creo, Señor, aumenta mi fe” (Marcos 9: 24)- sino porque al tratar de buscar respuestas el hombre de carne y hueso que piensa, no sólo con la razón sino también con el sentimiento, con el cuerpo, con el ser entero, tiene espacios de profunda duda, momentos en los cuales cree creer y no cree creer o cree no creer. Hay momentos en los cuales es necesario salir de esas referencias absolutas para encontrar otras alternativas de solución a esos insaciables interrogantes sobre la vida y la muerte. En este caso, el caso de los creyentes, la referencia absoluta sería el mismo Dios, y es Él quien en constantes ocasiones provoca la angustia, por lo antes mencionado. Es menester decir que todo esto no le procura paz al hombre sino que lo sigue sumiendo en la angustia, en la agonía, y con esta en la tragedia.

Para Hegel, “un hecho trágico, un acontecimiento trágico, una forma trágica de existir, sólo ocurre cuando se encuentran dos potencias igualmente válidas y no logran una síntesis” (ctd en Zuleta 2007 15). Esas dos potencias, en el caso del hombre, son la vida y la muerte, la certeza ante el hecho de la muerte y la incertidumbre frente a la posibilidad de más vida, o simplemente del fin funesto y fatal. Son trágicos los hombres y los pueblos que se toman en serio el hecho de su muerte. Pero también son dos potencias esos anhelos y deseos de que haya resurrección del cuerpo e inmortalidad del alma, y la sentencia de la razón que en muchas ocasiones sólo permite vislumbrar un ambiente obnubilado. Son dos potencias dentro del mismo hombre que dice una cosa con la cabeza y otra con el corazón; en palabras unamunianas, el encuentro de estas dos potencias es la contradicción del hombre que clama por más vida, vida en abundancia, vida plena y perfecta, pero que no sabe cómo: tragedia.

Esta tragedia unamuniana viene dada también por el encuentro de la diosa razón y la creencia religiosa. Cuando se cierran los ojos y se acalla la razón, la referencia absoluta permite que el hombre se tranquilice ante la muerte, pues cuenta con la promesa de una vida eterna; pero cuando el hombre ya no puede acallar más la razón y empieza a pensar en todas las posibilidades que hay entonces la tragedia hace presencia en su ser. La opción por la fe es la más útil para solucionar el problema de la resurrección y la inmortalidad, pero hay muchos hombres que, como Unamuno, no pueden dejar de pensar ni de buscar soluciones a sus angustias, también por medio de la razón. Pero, ¿por qué tanta inquietud en el profundo ser del hombre? Porque necesita demostrar de alguna manera que no ha sido creado para la nada. El problema es: ¿acaso puede el hombre demostrarse esta cuestión a sí mismo?, ¿pudo demostrársela Unamuno?, ¿se muere del todo y para siempre o se muere como requisito para volver a la vida?

“Cuando no se puede salir del paso con una cita de un texto sagrado o de un gran profeta, cuando no se cuenta con los perniciosos auxilios del Espíritu Santo que declaró la verdad de una vez y para siempre, entonces hay que demostrar. Ese es el ambiente griego y por eso

la filosofía surge en Grecia, porque allí está la exigencia de la demostración” (Zuleta 2007 14).

Por eso sigue surgiendo filosofía en el hombre de sentimiento trágico, por eso Unamuno hizo filosofía, pensó filosóficamente, no sólo con el órgano para pensar sino con todo el cuerpo desde su historia y desde su vida cotidiana. Todo esto que pensó y sintió Unamuno lo llevó a proponer cuestiones como la verdad en la vida y la vida en la verdad, en su ensayo “Verdad y Vida” de 1908, con base en la proclamación que hace Jesucristo de sí mismo como el camino, la verdad y la vida (Juan 14: 6).

Siguiendo con el pensamiento de Zuleta, la tragedia es el costo de la libertad; en este caso, de la libertad de pensar, de proponer, de buscar. El autor plantea invertir la proposición de San Juan en su Evangelio y exponer lo contrario: “No es verdad aquello de que ‘la verdad os hará libres’, porque faltaría todavía saber quién la tiene. Más bien es verdad lo contrario: ‘La libertad os hará veraces’, os obligará a tener que demostrar, no os permitirá refugiarnos en una autoridad” (Zuleta 2007 17).

Sin embargo, es evidente que Unamuno no niega que la fe es otra manera de conocimiento, y así ha de buscarse la verdad en la vida y la vida en la verdad. “Buscar la vida en la verdad es, pues, buscar en el culto de ésta ennoblecer y elevar nuestra vida espiritual y no convertir a la verdad, que es, y debe ser siempre la misma, en un dogma, que suele ser una cosa muerta” (Unamuno 1908 Texto Online). Pero también es un problema carecer del dogma.

Cuando se carece de ese dogma, de ese criterio de autoridad, de ese texto sagrado manejado por una casta sacerdotal que determina de una vez si uno es un hereje o está en la línea, cuando no se tiene esa condición, también hay otro peligro: el peligro de no saber nada sobre la verdad, la caída en el escepticismo, la creencia de que no existe en realidad ninguna verdad sino sólo verosimilitud, cosas que a uno le parecen verdaderas y que cada cual tendría su verdad según le provoque. Ese es el

peligro de esa libertad, ese es su costo, la angustia de que se desaparezca todo criterio efectivo de verdad y todo se precipite en la subjetividad; el hombre es la medida de todas las cosas, cada cual tiene su verdad y no puede nadie, porque no hay criterio alguno de autoridad exterior, decirle a otro que la suya es más verdad. (Zuleta 2007 19)

El dogma es, por tanto, una construcción con criterios de verdad y objetividad, después de un serio y profundo ejercicio filosófico; un dogma no puede aparecer de la nada, pues sería un capricho atrevido y subjetivo, sino que es el resultado de la actuación académica de muchas personas que buscan la verdad. Aun así, el hombre del tiempo actual no es muy dado a ciertos dogmas, sobre todo en el campo religioso; este hombre se cuestiona mucho y busca nuevos criterios, para terminar afirmando que la verdad es relativa, que la verdad es tan subjetiva como subjetivo es el hombre y que hoy día todo depende de la *interpretación*, de la manera como cada quien entienda e interprete la realidad. Pero la motivación de Unamuno, en su búsqueda de la vida en la verdad y de la verdad en la vida, es más espiritual y profunda; su anhelo es que el hombre ennoblezca su vida teniendo presente siempre esos criterios de verdad y buscándolos cada día, ya que lo hacen más humano.

Y con la letra nació el dogma, esto es, el decreto. Y la lucha, la agonía fue dentro del dogma y por el dogma mismo, en virtud de la contradicción misma que el dogma lleva en sí, porque la letra mata. Y vino la agonía dogmática, la lucha contra las herejías, la lucha de las ideas contra los pensamientos. Pero el dogma vivía de las herejías como la fe vive de dudas. (Unamuno 1924 561)

Hay que buscarse la verdad y vivirla; pero no reducir la verdad a un simple dogma sino experimentar la verdad en la vida, pues “hay quienes reciben ciertas verdades como cosa muerta, puramente teórica y que en nada les vivifica el espíritu” (Unamuno 1908). Se ha de buscar la verdad para vivir para darle sentido a la vida y a la muerte, sin demeritar las

verdades dogmáticas que tienen alguna razón de ser, pero sin darle a estas el carácter de absolutas y definitivas.

Aquellos que no se atreven a buscar la vida de las que dicen profesar como verdades, jamás viven con verdad en la vida. El creyente que se resiste a examinar los fundamentos de su creencia es un hombre que vive en insinceridad y en mentira. El hombre que no quiera pensar en ciertos problemas eternos, es un embustero y nada más que un embustero (Unamuno 1908 párr. 27).

¿Qué puede interesar más al hombre que el fin de su alma y de su cuerpo? Se trata, pues, de dudar, de cuestionar, no para derrumbar o invalidar creencias, sino para fundamentarlas y poder hacer vida de esas verdades. Pero el gran problema sigue siendo el mismo: ¿Qué es en sí la verdad? ¿Quién define o determina lo que es verdad y lo que no es? Se puede interpretar que Unamuno considera que se debe buscar la vida en la honestidad, en la transparencia; que ser honesto es vivir conforme a lo que se cree verdad. “¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella” (Unamuno 1930 864). La duda y la especulación pueden ayudar a encontrar una verdad viva, válida, o simplemente descubrir que se está en un error y que lo que se tiene por verdad no lo sea; con esto la agonía y con ella la tragedia.

Lo trágico “es la contradicción insoluble, pero más existencial que lógica (por ejemplo, entre nuestra finitud y nuestro deseo de infinito)” (Comte-Sponville 2005 526). Se puede afirmar que para quienes no evaden la responsabilidad de pensar en su vida y en su muerte, la tragedia se convierte en la esencia de su existencia. La agonía es lucha, y lucha es la vida del hombre, sobre todo del cristiano, del seguidor del Cristo. Esta lucha se da entre el corazón y la cabeza, entre el sentimiento y la voluntad; esta lucha es la agonía y la tragedia.

Es una dimensión de la condición humana y de la historia: la incapacidad en que nos encontramos para encontrar, incluso intelectualmente, una solución plenamente

satisfactoria al problema que constituye, al menos a nuestra manera de ver, nuestra existencia. Por eso la muerte es trágica. Por eso la vida es trágica. Porque ambas nos enfrentan con lo imposible o el absurdo, con lo inaceptable y lo inconsolable. (*Id.* 526)

Esa es la experiencia de San Manuel Bueno, Mártir, que siempre tuvo viva la fe y la esperanza de su pueblo en la resurrección, aunque él no creía en ella. Su vida toda estuvo consagrada al bien y al contento de su pueblo, aunque trágicamente reconociera: “¡Mi vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio, que es igual; pero que vivan ellos, que vivan los nuestros!” (Unamuno 1930 867). Y así, con el santo cura incrédulo, muchos hombres, en diversas situaciones, han terminado por consolar a quienes quieren, aún con dulces mentiras, con frescos engaños que se convierten para ellos en verdades redentoras. Pero, ¿qué es la verdad?, ¿cuáles verdades redentoras?

La verdad, tal como les dirá cualquier diccionario, es una propiedad de algunas de nuestras ideas. Significa su “acuerdo” con la “realidad”, en tanto que la falsedad significa su “desacuerdo” con ella. Tanto los pragmatistas como los intelectualistas aceptan esta definición como cosa común y corriente. Sólo empiezan a discutir una vez que se suscita la siguiente cuestión: si la realidad se considera algo con lo que nuestras ideas han de estar de acuerdo, ¿qué se quiere dar a entender exactamente con las palabras “acuerdo” y “realidad”? (James 2000 169)

La verdad se ha presentado siempre como un tema conflictivo para el hombre. Por tanto, la verdad unamuniana manifestada aquí en el santo cura, es la verdad agónica, aquella que lleva consuelo y alivio para los seres queridos, aunque sea un consuelo esquivo para sí mismo. Esta verdad agónica mantiene vivo el deseo y el anhelo de la inmortalidad, ya que es una verdad que lleva a la acción: “En todas partes la posesión de pensamientos verdaderos significa la posesión de unos inestimables instrumentos de acción, y nuestro deber de obtener la verdad, lejos de ser un mandamiento vacío del cielo o un ‘ardid’ que

nuestro intelecto se impone a sí mismo, puede explicarse por excelente razones prácticas” (*Id.* 171).

Por tanto, acá se habla de una verdad que, aunque agónica, puede *salvar* al hombre de su angustia ante la evidencia de la muerte, manteniéndole vivo el deseo de inmortalidad.

No creemos ya en la inmortalidad del alma y la muerte nos aterra, nos aterra a todos, a todos nos acongoja y amarga el corazón la perspectiva de la nada, del ultratumba, del vacío eterno. Comprendemos todo lo lúgubre de esta fúnebre procesión de sombras que van de la nada a la nada, y que todo esto pasará como un sueño, como un sueño, Apolodoro, como un sueño, como sombra de un sueño, y que una noche te dormirás para no volver a despertar, nunca, nunca, nunca, y que ni tendrás el consuelo de saber lo que allí haya (...) Y los que te digan que esto no les preocupa nada, o mienten o son unos estúpidos, unas almas de corcho, unos desgraciados que no viven, porque vivir es anhelar la vida eterna, Apolodoro. (Unamuno 1902 111)

He aquí la contradicción, que es tragedia: el enfrentamiento profundo del hombre en su interior frente a aquello que puede creer, que puede tomarlo como verdad o como simple posibilidad, si bien no para sí mismo, sí para aquellos que ama. Vida, muerte, inmortalidad, nada: contradicción, tragedia.

2.4 El sentido de la vida frente a la realidad de la muerte

Esta cuestión del sentido de la vida es muy compleja en su interpretación en los tiempos actuales pues, como ya se ha analizado antes, todos los seres humanos tienen diversas maneras de entender y de asumir una misma realidad, de ahí que se ha hecho tan común hablar de lo relativo de las cosas. Así el *sentido de la vida* no es algo único o

predeterminado, ni algo dispuesto como igual para todo el mundo sino que varía en cada persona y en la manera como se experimenta, se asume, se expresa y se interpreta la existencia personal. Sin embargo, de manera general, sin grandes construcciones conceptuales, el sentido es el ser mismo de la persona, el sentido es el sentir.

Hay una simultaneidad en estos dos actos, el acto de ser (existir) y el acto de sentirse siendo, como claramente dejan traslucir las siguientes palabras de Zambrano:

El sentir, pues, nos constituye más que ninguna otra de las funciones psíquicas, diríase que las demás las tenemos, mientras que el sentir lo somos. Para ambos autores, el sentir es un acto más originario y primigenio que el pensar. Así dirá Unamuno, en uno de los versos de su “Credo poético”: “Lo pensado es, no lo dudes, lo sentido” (Zambrano 2003 16).

De esta manera, si el sentido de la vida está íntimamente ligado al sentir de cada persona, dicho sentido para alguien con algún tipo de experiencia religiosa se halla en el amor de Dios que da plenitud al ser humano y que, en palabras de San Agustín de Hipona, solo encuentra reposo y sosiego cuando descansa en aquel que lo ha creado. Sería un sentido de vida con miras a lo trascendente, sin una necesaria vinculación a algún sistema religioso. Por su parte, el sentido de la vida para muchos otros radica no en experiencias místicas sino en la posibilidad de disfrutar la vida al máximo evitando el sufrimiento, evitando a cualquier precio el peso de asumir responsabilidades y compromisos. Otros tantos han puesto el sentido de su vida en la música, en todas las caracterizaciones y manifestaciones que cada género musical conlleva, según también el gusto personal. Hay quienes encuentran el sentido de su vida en la revolución, en la búsqueda de la igualdad y la justicia social protestando en cada oportunidad en contra del gobierno de turno, en contra del sistema y en contra de la sociedad misma. Hay también personas para quienes la vida tiene sentido en la posesión de bienes materiales y de dinero, o en el ejercicio del poder, o en dar rienda suelta a los deseos y apetitos sexuales. Se encuentra, de igual manera, a quienes le dan sentido a su vida mediante prácticas violentas: las armas, los asesinatos, la

corrupción, los negocios ilícitos, el racismo, la discriminación y hasta la mal llamada *guerra santa*. Muchas son las personas que encuentran el sentido de la vida en el afecto, hasta el punto de afirmar que sin el amor de una persona específica no vale la pena vivir. Así mismo se busca el sentido en la práctica de artes oscuras y misteriosas, pero también en la vanidad y en el culto desordenado al cuerpo y a la belleza física.

Si la sociedad de productores establece que la salud es el estándar que todos sus miembros deben cumplir, la sociedad de consumidores blande ante sus miembros el ideal de estar en forma. Los dos términos –‘salud’ y ‘estar en forma’- suelen ser usados como sinónimos; después de todo, ambos aluden al cuidado del cuerpo, al estado que uno desea lograr para su propio cuerpo y al régimen que el propietario de ese cuerpo debe seguir para cumplir ese anhelo. (Bauman 2013 83)

Hoy se ve un mundo en el cual se presenta una cantidad desmesurada de prácticas, gustos, opciones de vida que pueden resultar absurdas y escandalosas, pero que a la final se vuelven tan cotidianas que pasan a recibir la categoría de *lo normal*; también se convierte en costumbre escuchar aquello de *ya nada me sorprende*; y mientras tantos buscan desesperadamente descubrir cuál es el sentido de su vida incursionando en nuevas prácticas y experiencias, otros tantos solo se conforman con lamentarse anhelando la vida pasada en que la decencia, el orden, la honestidad y las sanas costumbres parece que eran los fundamentos de una *sociedad mejor*. Sin embargo, esta cuestión del sentido de la vida no resulta ser tan simple.

“Dar sentido” a la vida quiere decir comprometer de hecho las decisiones de la libertad en el cumplimiento de la tarea previamente configurada en las estructuras ontológicas que fundan su inteligibilidad y valor. “Tener sentido” es, pues, ontológicamente previo al “dar sentido”, porque funda las condiciones necesarias para que el hombre pueda comprometerse responsablemente (inteligente y libremente) en la tarea de conferir sentido a su vida. (Alfaro 1997 19)

Resulta contradictorio analizar que un gran número de personas encuentran, o creen encontrar, el sentido de su vida haciendo lo contrario, es decir, evadiendo sus responsabilidades y dejando de lado la tarea de conferir sentido a su vida. Quizás muchos solo se arriesguen a pensar en la cuestión del sentido de la vida, de la suya propia, cuando se enfrentan a la realidad de la muerte, cuando ven morir a otros o cuando ven en peligro su propia vida.

De esta manera, la muerte es como un espejo en el cual cada persona debe mirarse para que se responda a sí misma sobre el sentido de su vida, de la suya propia, aquella que dejará de tener sentido cuando la muerte no sea ya una experiencia vista en los otros sino una realidad personal. La muerte es el llamado de atención, la advertencia o el simple pretexto que cada quien tiene para darle el sentido que quiera a su vida, un sentido que es tan relativo como es tan relativa la manera de entender de cada persona. A diario se ve a muchos hombres agónicos tratando de dignificar el sentido de la vida humana y se va la mitad de la humanidad en contra de la otra mitad, cada quien defendiendo lo que cree que es correcto, justo y digno, desde sus propias convicciones, desde su manera personal de entender e interpretar la existencia humana. “El pueblo debe luchar por la ley como por sus murallas” (Heráclito 1983 215). Temas como el aborto, la eutanasia, el tratamiento de ciertas enfermedades, la clonación, etc., son muy polémicos; si se mira detenidamente el panorama, se evidencia que el problema del hombre es justamente la muerte y, a partir de ésta, la vida. “Muerte es todo lo que vemos, cuando estamos despiertos; mas lo que vemos estando dormidos, es sueño” (*Id.* 204). Sin embargo, parece que el problema como tal no sea la muerte en sí, sino la manera cómo se vive y cómo se morirá.

El talante con el que un hombre acepta su ineludible destino y todo el sufrimiento que le acompaña, la forma en que carga con su cruz, le ofrece una singular oportunidad –incluso bajo las circunstancias más adversas– para dotar su vida de un sentido más profundo. Aun en esas situaciones se le permite conservar su valor, su dignidad, su generosidad. En cambio, si se zambulle en la amarga lucha por la

supervivencia, es capaz de olvidar su humana dignidad y se comporta poco más allá a como lo haría un animal. (Frankl 2004 92)

El deber también tiene un lugar importante entre muchas personas agónicas que han experimentado la contradicción de querer una cosa con la cabeza y otra con el corazón. “Lo contrario se pone de acuerdo; y de lo diverso la más hermosa armonía, pues todas las cosas se originan en la discordia” (Heráclito 1983 198). Cuando el hombre se encuentra con el deseo de hacer lo que quiere y llevar una vida cómoda y placentera, se siente bien y trata de que este sea su estilo de vida; pero cuando la persona tiene alguna experiencia espiritual o religiosa con un marcado carácter del sacrificio, de la entrega, del desapego, se encuentra entonces con el dilema de cuál debe ser el sentido de su vida, si hacer lo que quiere, lo que le gusta y apetece, o hacer lo que debe, aquello que su orientación religiosa le enseña que debe hacer porque es lo correcto y el camino seguro para la vida eterna. Es la experiencia de la contradicción, que tan profundamente tuvo Unamuno. “Los hombres ignoran que lo divergente está de acuerdo consigo mismo. Es una armonía de tensiones opuestas, como la del aro y la lira” (*Id.* 219).

El cumplimiento del deber, de normas y preceptos marca la vida de muchas personas que encuentran que el sentido de su vida es ganarse la vida eterna siguiendo determinado estilo de vida terrena; es como una especie de negociación en donde se sacrifica un poco para ganar mucho. Es un conflicto interior en donde definitivamente no sabe si darle sentido a su vida a su manera, como hacen tantos, o sacrificando sus deseos, pasiones e inclinaciones, esperando con esto el gran premio que, entre otras cosas, es cuestión de fe.

Ahora bien, la pregunta que queda de todo esto es si aquellos que levantan sus voces a favor de la vida y del verdadero sentido de la existencia humana habrán encontrado por su parte el verdadero sentido de su vida, de la suya propia, y habrán encontrado el sentido de la muerte que les espera. Quizás el sentido de la vida sea algo tan estrictamente personal que sea muy silencioso, tanto como es silenciosa la experiencia del morir. Se muere una

sola vez, por tanto se vive una sola vez; así, el sentido de la vida es solamente uno, y se encuentra en el corazón de cada quien.

Quizás el hambre de eternidad es el sentido de la vida de todos los seres humanos, aunque no se quiera aceptar pues todo lo que el hombre hace bien, ya sea en el ámbito espiritual como en el ámbito del placer, del poseer, del poder, es manifestación de su anhelo de inmortalidad, deseo de conservar su existencia. El hombre no quiere morirse, no quiere morir nunca; todo lo que hace y la manera como vive o el sentido que le da a su vida, son efecto o consecuencia de su consciencia de la muerte, y toma esto como una opción o como una protesta frente a una vida que se va a acabar, pero que no quiere que se acabe.

Así, cabe la posibilidad de preguntarse ¿cuál sería el sentido de la vida si la muerte no existiera? Si el hombre no muriera la vida no tendría sentido, pues fuese una experiencia extravagante y sosa, en donde la realidad de lo infinito y lo eterno acabarían con el gusto por lo pasajero, por lo finito; precisamente por esa consciencia de que todo en este mundo pasa y se acaba es que el hombre ha aprendido a disfrutar o a padecer con paciencia su vida. La muerte es el sentido de la vida porque el hombre, al saber que va a morir, le da un determinado sentido a su vida, a la suya propia. De tal manera que el sentido de la vida en cada persona está dado por la manera como se comprenda y se interprete la muerte, la muerte propia, la muerte que se espera. Lo anterior es muy personal pues aunque la relación con la realidad de la muerte también venga como un legado cultural, este puede cambiar al ritmo en que cada persona haga sus propias reflexiones o al contemplar la muerte de sus cercanos.

Resulta curioso ver como una experiencia de cercanía con la muerte puede cambiar totalmente la manera de pensar y de vivir de una persona. Son muchos los que, después de una grave enfermedad, de un accidente, de un tiempo en estado de coma, frente a un peligro inminente que les hiciera sentir muy de cerca el momento de morir, cambian radicalmente su estilo de vida; pero también puede cambiar su percepción sobre la vida misma y sobre la muerte. Así lo expresa, por ejemplo, Freire en el prólogo a la obra *El hombre en busca de*

sentido (Frankl 2004), cuando habla de la experiencia en los campos de concentración: “El prisionero como fruto del shock del internamiento, miraba a la muerte con un cierto desdén, con un horror atenuado y soportable, pues infundía un mayor pavor enfrentarse con aquella atrocidad de vida” (Freire 2004 14). De ahí surge el interrogante sobre si aquello que se considera el sentido de la vida, lo sea en realidad o no. Pero con esto se demuestra una vez más que la experiencia que se tenga de la muerte determina la manera como se lleve la vida.

El sentido de la vida depende del sentido que se tiene de la muerte. Así se ve en Unamuno, quien experimentó la contradicción, la angustia, la agonía, al presenciar la muerte de los seres queridos; es la agonía del cristiano, del creyente, del que tiene fe, del que comprende muy bien en qué consiste la cuestión de la salvación, pero que la experiencia de la muerte le lleva a cuestionar, a reconsiderar, a poner en duda, a profundizar en sus reflexiones sobre aquello que cree acerca de Dios, la fe, la religión, la inmortalidad del alma y la resurrección de la carne, acerca de la vida misma. La experiencia de la muerte hizo del poeta un filósofo de la vida, del sentimiento, del cuerpo, del hombre completo, real, de carne y hueso. “Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma. Y esta, como todo lo afectivo, tiene sus raíces subconscientes, inconscientes tal vez” (Unamuno 1912 276).

Hay muchos pensadores y estudiosos que critican esta filosofía, y a la mayoría de los adolescentes y jóvenes del tiempo actual no les gusta la filosofía, en tanto la ven como algo complejo y poco práctico; pero desconocen que el mejor filósofo es el niño, quien no deja pasar la oportunidad de hacer preguntas sencillas sobre todo lo que le rodea. El hombre de hoy ya no piensa filosóficamente, mucho menos el joven que busca desesperadamente darle sentido a la vida mediante los placeres sin límites; ya no se cuestiona, no se pregunta y no se sorprende. La filosofía unamuniana es el mejor camino para acercarse a una comprensión del hombre, pues es el mismo hombre quien se interroga y busca responderse sobre su ser y su quehacer en el mundo.

El hombre, dicen, es un animal racional. No sé por qué no se haya dicho que es un animal afectivo o sentimental. Y acaso lo que de los demás animales le diferencia sea más el sentimiento que no la razón. Más veces he visto razonar a un gato que no reír o llorar. Acaso llore por dentro, pero por dentro acaso también el cangrejo resuelva ecuaciones de segundo grado. Y así, lo que en un filósofo nos debe más importar es el hombre. (*Id.* 276)

Es el hombre agónico quien busca darle un sentido a su vida y entenderlo mediante la filosofía, una filosofía sobre la vida y la muerte.

CAPÍTULO III

LA REALIDAD DE LA MUERTE: ENTRE LA CERTEZA Y LA INCERTIDUMBRE

3.1. Entre la certeza objetiva y la certeza subjetiva

Es una certeza el morir en cuanto el hombre es testigo de ello. Aunque se quiera pensar de una manera distinta, es una certeza que todos los hombres mueren ya que hasta hoy todo el mundo, todas las personas han muerto y aunque se quiera huir de la realidad se sabe que todos morirán también. Si alguien duda de esta realidad, bástele con observarla más de cerca en la guerra, en las clínicas, en los asilos para ancianos o en el cementerio. Es posible que se presente un problema de lenguaje y que se llame de manera distinta al mismo fenómeno, se le puede dar diversidad de nombres, y se puede esperar cosas muy distintas para después de morir; pero la realidad, el hecho es el mismo: el hombre muere. Es necio pensar que es necesario demostrar la muerte para creer que existe, pues la muerte es una realidad que se impone, es una certeza que no necesita demostración; hasta hoy todo lo que ha tenido un principio ha llegado a un fin, llámese este como se quiera llamar. Si se observan las definiciones –y se puede caer en lo que Unamuno llama pedantes definidores– acerca del término *certeza*, se encuentra que esta “es la firmeza con la que el intelecto adhiere a una afirmación y excluye por consiguiente el temor al error y a la duda” (Florián 2002 63). Pero algo muy curioso en la continuación de la definición que ofrece este autor es que se vuelve a llegar al punto de que el hombre no es libre y tanto su vida como su muerte es obra de un ser superior, pues cuando habla de certeza explica con claridad la certeza cartesiana que es de orden metafísico: “la afirmación de un ser que es el fundamento real de todo lo que existe, la causa primera del universo o sea Dios” (*Ibid.*).

De esta manera aparece de nuevo la angustia, pues no puede el hombre ni siquiera tener sus propias certezas sino que ellas son también obra de la mano maestra que todo lo mueve a su voluntad. Pero se encuentra otra explicación que confirma la inminencia de la

muerte como un hecho real; la certeza puede ser subjetiva u objetiva; la primera se trata de ser incapaz de dudar de una proposición, aunque esto no garantice que esta sea verdadera; pero la certeza objetiva es “una necesidad lógica, cuando una determinada proposición, o demostración, es en sí misma u objetivamente indudable” (Comte-Sponville 2005 101). Quizá en esta certeza objetiva puede encajar la realidad de la muerte, pues es indudable que toda persona se muere. ¡Definiciones!; estas no afectan la vida tanto como el hecho real: es una certeza el morir, así lo siente el hombre, así lo vive, así muere.

El hecho de la muerte es, pues, una certeza objetiva, aunque sea subjetiva también, pues hay doctrinas que, buscando menguar el dolor o dar un atisbo de esperanza, le dan a la muerte un nombre menos fuerte, un poco más poético. Sin embargo, los diversos nombres que se le den a una cosa no desvirtúan la realidad que a dicha cosa corresponde; así, llámese como se llame, la muerte es quizá la más objetiva de las certezas: el hombre muere y no es necesario que cada uno de los hombres investigue exhaustivamente el fenómeno de la muerte para reconocer que todos mueren; el hombre está abocado a la muerte y en su interior algo le dice que algún día va a morir.

Algo particular en el fenómeno de la muerte y la certeza que de ella se tiene, es que no se tiene porque alguien así lo haya enseñado sino porque todos en algún momento la evidencian. “Por mucho que la persona más digna de confianza me asegure que las cosas son de tal o tal modo, por sí solo, ello no puede convencerme de que lo sabe. Solamente que cree saberlo” (Wittgenstein 2000 20). La cuestión es: ¿sabe el hombre todo acerca de la muerte? Por lo menos sabe que es un hecho real; hay certeza de ello, no porque alguien lo diga sino porque todos mueren. En la historia del hombre han surgido muchas teorías, doctrinas diversas, creencias distintas acerca del *más allá*, sobre lo incierto; tales teorías, doctrinas o creencias surgen y se fundamentan en esa incertidumbre. Creer puede resultar muy fácil y hasta conveniente para apaciguar el espíritu, “lo difícil es percibir la falta de fundamentos de nuestra creencia” (*Id.* 24). Por eso es fácil también cambiar de creencias, por lo que muchos van buscando las que más se acomoden a su gusto y a su incertidumbre.

“Así nos llegó el siglo XXI en Occidente: a falta de una religión, un universo religioso para escoger de aquí o de allá, contrario a lo que se había presagiado” (Carvajal 2010 105).

Tal vez de la muerte se sabe poco –es incierto lo que en el futuro suceda-, pero se sabe lo necesario: hasta hoy la muerte existe, es un hecho real e inminente. “Lo que sé, lo creo” (Wittgenstein 2000 25); se sabe que la gente muere, por eso se cree... todos tienen que morir.

“Cuando alguien cree algo, no siempre es indispensable que pueda contestarse a la pregunta ‘¿Por qué lo cree?’, pero si sabe algo, se ha de poder contestar a la pregunta ‘¿cómo lo sabe?’” (*Id.* 72). De esta manera surge la pregunta: ¿Por qué sabe el hombre que tiene que morir? Y la respuesta es que sabe que tiene que morir porque hasta hoy todos han muerto. La muerte se presenta no como una simple creencia sino como un saber. El hombre no cree que vaya a morir sino que sabe que va a morir. Así, la muerte es la más palpable de las certezas humanas, es el final de la vida, es el destino, es la condena... es la total certeza, lo más propio del hombre.

3.2. Incertidumbre frente al *futuro* del hombre que muere

El escepticismo -que puede ser una protesta velada ante la imposibilidad o la negación de creer en lo que se quiere creer- es como una enfermedad, además de que es una contradicción pues es natural al hombre luchar por conservarse y prolongar su existencia.

“Fue muy sabia la ilustración de Juan Pablo II cuando señalaba que cuando el escepticismo se arraiga, es fácil que desaparezcan los sanos criterios de juicio y discernimiento, pues en dichas circunstancias, la existencia humana, sometida a las emociones, corre el riesgo de perder sus principales fundamentos” (Castañón 2009 129).

Pero es inevitable sentir angustia y agonía cuando se piensa en la inmortalidad no solo del alma sino también del cuerpo; el hombre quiere conservarse y permanecer no solo en el alma sino en el cuerpo, en la conciencia y en su *yo*. “Cada cosa se esfuerza, cuanto está a su alcance, por perseverar en su ser . . . El esfuerzo con que cada cosa intenta perseverar en su ser no es nada distinto de la esencia actual de la cosa misma” (Espinosa 1980 177). Quiere decirse que la esencia “de cada hombre que sea hombre no es sino el conato, el esfuerzo que pone en seguir siendo hombre, en no morir” (Unamuno 1912 279). Este pensamiento, según Espinosa y Unamuno, implica la eternidad ya que “el esfuerzo con que cada cosa intenta perseverar en su ser no implica tiempo alguno finito, sino indefinido” (Espinosa 1980 178), por lo que concluye el pensador español que “queremos no morirnos nunca, y que este nuestro anhelo de nunca morirnos es nuestra esencia actual” (Unamuno 1912 279).

Si no hay una creencia fuerte en un *después de la muerte* son posibles dos actitudes: por un lado, el sinsentido de la vida, pues la agonía, el fracaso y la frustración llevarían al hombre, que sabe que va a morir y no sigue nada, a no encontrar un atisbo de esperanza que le ofrezca así sea un significado velado a esa vida que es finita; es además esto una buena razón para el suicidio. Por otro lado, si no hay un *después de la muerte* la vida se puede llevar de manera libertina, sin otros motivos más que el placer, el disfrute y el gusto pues al fin y al cabo todo acaba y no queda nada. Sin embargo, estas actitudes vienen condicionadas o determinadas por la cultura, así como por la estructura y la formación psicológica.

Porque no quiero morirme del todo, y quiero saber si he de morirme o no definitivamente. Y si no muero, ¿qué será de mí?; y si muero, ya nada tiene sentido. Y hay tres soluciones: a) o sé que me muero del todo, y entonces la desesperación irremediable, o b) sé que no muero del todo, y entonces la resignación, o c) no puedo saber ni una ni otra cosa, y entonces la resignación desesperada, o una desesperación resignada, y la lucha (Unamuno 1912 301).

En el ser humano hay una negación a morir, manifestada en el miedo o en la simple indiferencia ante el tema. Sobre todo las personas jóvenes no quieren morirse del todo y prefieren dejar esta realidad para las personas mayores; no quieren morirse, o por lo menos no por ahora, como si la muerte fuera una realidad exclusiva de los ancianos. A pesar de todo hay también muchos ancianos sintiendo que les falta mucho por vivir y experiencia por adquirir y creen que esto los hace merecedores de reclamar más vida terrena. Cuando se da el caso de una enfermedad o una pena insostenibles, desean la muerte terrena, pero esperan y reclaman más vida.

¡Quiero morirme, pero no del todo! Ese morir pero no del todo deja en evidencia el hambre de inmortalidad, el anhelo de más vida, sed de Dios. Pero aunque el hombre no quiere morirse, en lo profundo de su ser comprende que no puede no morir y aparece el problema del *saber*, y *quiero saber si he de morirme o no definitivamente*. Cuando el hombre entiende que ha de morir, entonces busca comprender, saber, incluso reclamar, pues si bien le toca morir no quiere una muerte definitiva. En el pensamiento unamuniano la muerte definitiva sería la inexistencia total y absoluta después de la muerte, mientras la inmortalidad del alma y la resurrección de la carne son la garantía de que la muerte terrena no es sino la posibilidad de continuación. No se muere el hombre del todo y definitivamente sino que accede con la muerte a la posibilidad de más vida, a saciar su hambre y su sed de inmortalidad, de eternidad, de Dios. De ahí la necesidad de no tanto creer sino crear a Dios

Así mismo, el hombre de hoy se sigue haciendo el mismo interrogante: quiere saber si se muere o no definitivamente, y como ya se ha analizado, busca de muchas maneras prolongar su existencia y garantizar su inmortalidad. Si bien muchos han afirmado que el conocimiento trae el sufrimiento, “donde abunda sabiduría, abundan penas, quien acumula ciencia, acumula dolor” (Eclesiastés 1: 18). Por su parte otros tantos hombres no quieren saber nada sobre la muerte, ya que este saber, este conocimiento y la aceptación de esta realidad también trae sufrimiento, angustia, agonía; aunque la agonía termine siendo el telón de fondo de la vida del hombre, conscientemente es lo que él menos quiere.

En una sociedad hedonista, cómoda y placentera, de lo que menos se quiere saber es de agonía y se evade a toda costa cualquier motivo que la provoque. “Cada día tiene bastante con sus propios problemas” (Mateo 6: 34). Así que es mejor no saber nada de la muerte hasta que llegue en el día señalado para ello. *Y si no me muero, ¿qué será de mí?* La angustia de lo eterno, de lo infinito. Si no muero, entonces el desasosiego de los inmortales que todo pueden dejarlo para después ya que cuentan con todo el tiempo del mundo; no habría experiencia de lo inmediato. Pero, ¿qué sentido puede tener la vida del hombre así? Se rescata nuevamente la necesidad de la muerte. Incluso en otro apartado se ha reflexionado sobre el sentido de la vida y es posible afirmar que dicho sentido en gran medida está marcado por la certeza de la muerte. Si el hecho de morir no existiera y fueran todos los hombres inmortales en este mundo, la vida tendría un sentido totalmente diferente o quizás un sinsentido; y si muchas veces el aburrimiento es el trasfondo de la vida aun con la conciencia de que esta terminará, de que la muerte existe, cuánto más sería aburrida una vida sin muerte, sin fin, una vida infinita y eterna.

Por otro lado, la experiencia de lo inmediato, de la premura del tiempo, de los plazos, del inicio y el fin de las cosas le imprimen un sentido diferente a la vida del hombre; por eso se ve a tantas personas desesperadas que, al experimentar una enfermedad terminal o un peligro inminente, quieren hacer muchas cosas antes de morir, para poder morir en paz, para dar ese paso más tranquilos. Es como si nadie quisiera morir en deuda con la vida o consigo mismos. Los moribundos, en esta experiencia del momento final, llegan a los arrepentimientos, a las palabras dulces, al deseo de perdonar y de pedir perdón ya que aquellos que mueren sin hacer esto son como condenados por los vivos a no descansar en paz. Aparecen el culto, el rito y la religión a ofrecerse como mediadores para elevar oraciones a Dios, Juez justo, para que no trate al difunto como merecen sus pecados sino con misericordia y para que a los cercanos que se duelen por la partida les conceda la fortaleza o, por lo menos, la resignación.

Y si muero ya nada tiene sentido. Esta expresión es válida cuando se tiene una concepción fatalista de la muerte como el fin definitivo, pues llega el sinsabor de una vida vivida sin un para qué. Ya nada tiene sentido cuando el hombre agónico, como Unamuno, anhela la inmortalidad, tiene hambre y sed de más vida, pero hay momentos en que no encuentra consuelo de esperanza, solo puede contemplar el hecho evidente de morir, pero lo que ocurre después queda en la incertidumbre pues la fe decae, se debilita y es necesario repetir con el hombre del Evangelio: “creo, Señor, aumenta mi fe” (Marcos 9: 24).

Al morir, el hombre quiere tener la garantía de la inmortalidad del alma y la resurrección de la carne; pero en los momentos de falta de fe o de debilitamiento de esta, dicha garantía de inmortalidad y resurrección se ve opacada, casi oscurecida, y provoca en lo profundo del ser el deseo de producir un grito desgarrador como evidencia del dolor profundo que, como una espina, se clava en el corazón. Así, Unamuno -y con él todos los cristianos agónicos- tiene que buscar la manera de apacentar su alma con la filosofía del sentimiento, pensando no solo con el órgano para pensar sino con el cuerpo todo, con las emociones y con la voluntad, con el ser entero que busca y lucha por sobrevivir. Si el hombre muere del todo, la desesperación total y absoluta se apoderan de la vida; si no muere del todo, la resignación, pues es inevitable morir aunque hay posibilidad de más vida. Pero, si antes se decía que el saber y el conocimiento traen consigo sufrimiento, así mismo el no saber si se muere o no se muere del todo trae consigo la desesperación resignada o la resignación desesperada, y con esto la lucha, la agonía. El saber o no saber sobre la muerte provocan duda, angustia y desesperación al hombre que hace de su vida lucha y agonía.

Sin embargo, la posibilidad de que exista un más allá, una vida más plena y abundante, como lo piensa Unamuno, hace de la muerte una realidad ya no tan temida cuanto deseada. “Porque Dios no muere, y quien espera en Dios vivirá siempre. Y es nuestra esperanza fundamental, la raíz y tronco de nuestras esperanzas todas, la esperanza de la vida eterna” (Unamuno 1912 434). Esta idea confronta al individuo con su existencia, pues la realidad de la muerte y el deseo de inmortalidad le es cosa natural: “Imposible nos

es, en efecto, concebimos como no existentes, sin que haya esfuerzo alguno que baste a que la conciencia se dé cuenta de la absoluta inconsciencia, de su propio anonadamiento . . . No podemos concebimos como no existiendo” (*Id.* 305). El deseo de la vida se plasma en el ser del hombre de carne y hueso, que no quiere morir. “Quizás, sin embargo, te parecerá extraño que este asunto frente a todos los demás sea simple, y que nunca le ocurra al hombre, como sucede con los demás seres, que se encuentre en ocasiones en que también a él le sea mejor estar murto que vivir” (Platón 2010 62a 34).

No obstante, puede ser que el *después de la muerte* sea un constructo cultural, ya que se tienen las ideas de la reencarnación, de la resurrección o de la simple aniquilación. Pero el hombre agónico no piensa en esta última porque en el fondo no quiere dejar de existir, no quiere dejar de ser, quiere como todo hombre prolongarse, conservarse y seguir viviendo. “¡Ser, ser siempre, ser sin término, sed de ser, sed de ser más!, ¡hambre de Dios!, ¡Sed de amor eternizante y eterno!, ¡ser siempre!, ¡ser Dios!” (Unamuno 1912 306). Ser Dios quizás para tener el dominio, el control de la existencia y que esta no dependa de otro, aunque sea el Otro Absoluto, el dador de la vida y de la muerte.

3.3. La religión como fundamento de conciliación entre la certeza y la incertidumbre

Cuando la muerte es contemplada como una posibilidad o como un paso hacia otra vida, adquieren importancia la celebración, el rito y la religión.

Mil veces y en mil tonos se ha dicho cómo es el culto a los muertos antepasados lo que enceta, por lo común, las religiones primitivas, y cabe en rigor decir que lo que más al hombre destaca de los demás animales es lo de que guarde, de una manera o de otra, sus muertos sin entregarlos al descuido de su madre la tierra todoparidora; es un animal guardamuertos . . . Cuando no se hacían para los vivos más que chozas de tierra o cabañas de paja que la intemperie ha destruido, elevábanse túmulos para

los muertos, y antes se empleó la piedra para las sepulturas que no para las habitaciones. Han vencido a los siglos por su fortaleza las casas de los muertos, no la de los vivos; no las moradas de paso, sino las de queda. Este culto, no a la muerte, sino a la inmortalidad, inicia y conserva las religiones. (*Id.* 307)

Por la certeza de la muerte y por la incertidumbre que produce este acontecimiento frente a lo que después de esto vendrá, se originan los cultos, los ritos, las celebraciones que se convierten en una especie de representación de la muerte y que, de una u otra manera, buscan menguar el dolor y la angustia que produce esta tragedia propia del hombre; es tan humana, tan profundamente humana, ya que, aunque todo muere, solo el hombre tiene conciencia de que muere, y solo el hombre puede pensar la muerte e interrogarse por ella. Cada vez que alguien muere, surge en los demás el pensamiento de que ellos también van a morir y esto les produce angustia. Por eso el hombre celebra, por eso realiza el rito como una expresión de dolor y de esperanza que alivia un poco el corazón compungido que siente la tragedia de la pérdida y a la razón lastimada porque no encuentra lógico que se viva para morir y que no encuentra tampoco explicación satisfactoria para esta realidad. Si es una persona escéptica, aquella que no cree en la posibilidad de continuidad del hombre después de la muerte, igual realiza el rito de entregar el cadáver a la madre tierra, para que en ella se haga polvo, se vuelva nada y así vuelva a aquello que en un principio era, nada. Del polvo viene el hombre, al polvo vuelve; de la nada viene, a la nada vuelve. Sin embargo, la religión se convierte en un atisbo de esperanza pues “la religión no es anhelo de aniquilarse, sino de totalizarse, es anhelo de vida y no de muerte. La eterna religión de las entrañas . . . El ensueño individual del corazón es el culto de su ser, es la adoración de la vida” (*Id.* 448). Los ritos son expresiones propias de toda cultura; allí donde hay hombres hay ritos, los hay siempre y en todo lugar, para celebrar el culto a los muertos o a la inmortalidad.

La religión le es también natural al hombre, le es necesaria. “La dimensión religiosa, es un elemento constitutivo de la persona, y no sólo eso, sino que también es una de las cuestiones que hacen de las personas cada vez más humanos –al menos en sus

intenciones de perfeccionar sus relaciones con los demás y con el mundo, debido a que ha servido, también históricamente a prácticas de extrema inhumanidad—” (Carvajal 2010 98).

En la religión se pueden encontrar o se cree que se encuentran respuestas a muchos interrogantes vitales que se plantea el hombre, teniendo como fundamento la fe, antes que la razón. Así, para Freud, la religión es:

Un sistema de doctrinas y promisiones que, por un lado, le explican -al hombre- con envidiable integridad los enigmas de este mundo, y por otro, le aseguran que una solícita Providencia guardará su vida y recompensará en una existencia ultraterrena las eventuales privaciones que sufra en ésta (...) Sólo la religión puede responder al interrogante sobre la finalidad de la vida. (1995, CD-Rom)

Al respecto, “creer en Dios -decía Wittgenstein- es concebir que la vida tiene un sentido” (Comte-Sponville 2005 452).

Religión, rito y muerte van unidas y le son propias al hombre; la una soporta y fundamenta a la otra. Pero, aunque sea posible pensar la vida sin religión –vista esta como sistema, como manifestación concreta de una fe específica-, no se puede pensar la vida sin muerte, y aunque las manifestaciones religiosas sean tan diversas y quizá distintas, la muerte es una sola: muere quien cree en la reencarnación, muere quien cree en la resurrección, muere quien no cree o no quiere creer en nada. A todos los hombres les llega la muerte y ninguno, a pesar de su creencia o de su incredulidad, la puede evitar.

La religión es una buena opción, una buena posibilidad y alternativa, pues en ella se encuentra el espacio propicio para reconocer que ese ser superior que maneja la vida del hombre y no le permite ser del todo libre, no es malo, no es un simple inventor de seres que nacen y mueren por su simple capricho, sino que es una entidad superior que lo que más anhela es que su creación, el hombre, haga de la vida un camino que le conduzca al

encuentro con Él mismo, que es el Todo, lo eterno, para ser *uno*, para unirse perpetuamente. ¡Eternidad!, es lo terrible de la inmortalidad.

Pensar en la eternidad provoca angustia esperanzada o esperanza angustiada, tanto como producen angustia el vivir y el morir, sobre todo el morir. Se recuerda así al angustiado Unamuno tratando de filosofar en teología. Varios capítulos utiliza para hablar de Dios, de fe, esperanza y caridad, para hablar de religión; tanto que hace de su ameno discurso un sinfín de contradicciones –y así lo reconoce él mismo-, de ambigüedades que sirven más bien para ahondar el sentimiento de vacío, de duda, de angustia y desesperación, el sentimiento trágico de la vida.

3.4. La concepción de religión en Unamuno

Cuando se habla de religión generalmente llega la idea de una estructura, de un conjunto de ritos, normas, dogmas, reglas de fe y de celebración un tanto externas o diferentes a una experiencia personal. Se define entonces como “un conjunto de creencias y prácticas que tienen a Dios, o a los dioses, como objeto” (Comte-Sponville 2005 452). Así se va llegando a la realidad actual en que la religión ha dejado de ser una experiencia que le da sentido a la vida y a la muerte, y se convierte en asunto de unos pocos, que incluso son señalados por otros tantos como personas carentes de capacidad intelectual, o personas sentimentales y fanáticas que buscan darle sentido a la vida mediante experiencias místicas que en últimas no son más que formas de explotación, pues aquellos que ofrecen mediar en la experiencia de las personas con Dios o con los dioses se lucran de dicha actividad mientras que la mayoría de sus seguidores no encuentran consuelo para sus penas ni verdaderas soluciones a sus dificultades. “Las religiones vienen a perturbar el libre juego de elección y adaptación, al imponer a todos por igual su camino único para alcanzar la felicidad y evitar el sufrimiento” (Freud 1995 CD-Rom).

Pero también hay muchas personas que dicen creer en Dios pero que no creen en la religión, refiriéndose aquí con la palabra *religión* a las iglesias, a los pastores y a los feligreses que practican alguna forma de espiritualidad. Así mismo, cuando le preguntan a Unamuno por la religión que practica, procede a explicar su concepción sobre la religión mediante un ensayo que titula *Mi Religión*, el cual inicia explicando algo similar a lo que sucede en el tiempo actual a las personas que no tienen la religión como una experiencia de vida sino como un simple conjunto de normas, ritos y celebraciones que poco o nada trascienden su vida cristiana. Sin embargo, en Unamuno este sentimiento es producto de sus profundas reflexiones, contrario a tantas personas de hoy que así lo sienten por simple apatía, incluso, por falta de reflexión, por falta de pensar en las cuestiones fundamentales de la vida. Dice Unamuno: “Tanto los individuos como los pueblos de espíritu perezoso -y cabe pereza espiritual con muy fecundas actividades de orden económico y de otros órdenes análogos- propenden al dogmatismo, sépanlo o no lo sepan, quieranlo o no, proponiéndose o sin proponérselo. La pereza individual huye de la posición crítica o escéptica” (1907 255).

Es evidente que todas las religiones están fundamentadas o sostenidas por una cantidad de dogmas que sus feligreses deben conocer, aceptar y respetar como normas de fe. Pero Unamuno considera que estos dogmas han servido para que casi todos los hombres crean diciendo *amén* pero sin conocer, sin saber el real contenido de aquello que dicen creer. De ahí que en su experiencia personal se haya apartado un poco del catolicismo para pensar en lo que consiste realmente el cristianismo.

Cada día se forman una cantidad de grupos religiosos, cuyos miembros no tienen pleno conocimiento del contenido de su fe, si es que profesan una fe clara y no se quedan en un fanatismo religioso, que infortunadamente también ha servido para que algunos se lucren en abundancia. De tal manera que este pensamiento unamuniano debe servir como invitación para conocer el contenido de la fe y la razón de ser de los dogmas. “En el transcurso de un largo periodo de la historia humana, los hombres no conocían ninguna religión. Ésta surgió en un determinado estadio de desarrollo del régimen de la comunidad

primitiva como reflejo de la impotencia del hombre ante las fuerzas amenazadoras e incomprensibles de la naturaleza” (Rosental Iudin 400).

Sumado a la anterior explicación es preciso recordar una vez más a Unamuno, quien dice: “Mil veces y en mil tonos se ha dicho cómo es el culto a los muertos antepasados lo que enceta, por lo común, las religiones primitivas” (1912 307).

Podría pensarse que es el asombro, la duda, la angustia ante el hecho de la muerte, lo que va provocando la experiencia religiosa en las comunidades y en los hombres. Esa necesidad de sentir un alivio o sosiego ante una realidad que se les escapa de la comprensión. Ante muchos fenómenos de la naturaleza, ante muchas realidades confusas, el hombre se ha ido acercando y encontrado algunas respuestas mediante la ciencia, mucho más con los avances tecnológicos; pero hay realidades como la muerte que aún no puede descifrar. La muerte sigue siendo el gran misterio, la gran incógnita que sigue afligiendo a los hombres de hoy tanto como a los de antes. Así, como por la experiencia de la muerte surgen el culto, el rito y la religión, estos conservan su sentido por esta misma realidad de la muerte. Basta con mirar la experiencia de algunas regiones de México en donde en pleno siglo XXI se conserva la costumbre de ir año tras año a la tumba en donde reposan los restos mortales de los seres queridos, para sacarlos, limpiarlos y volverlos a depositar allí con profundo respeto; esta tradición pasa de generación en generación como una muestra de que quienes mueren no se han ido para siempre sino que siguen recibiendo con agrado dichas atenciones.

Aunque Unamuno reconoce una fuerte tendencia al cristianismo, sin atenerse a dogmas especiales, explica lo que significa para él su religión:

Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarla mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que con Él luchó Jacob. No puedo

transigir con aquello del Inconocible –o Incognoscible, como escriben los pedantes-, ni con aquello otro de ‘de aquí no pasarás’. Rechazo el eterno *ignorabimus*. Y en todo caso, quiero trepar a lo inaccesible. (Unamuno 1907 256).

Es posible afirmar, entonces, que la *religión unamuniana* es la religión activa y no pasiva, “y me pasaré la vida luchando con el misterio y aun sin esperanza de penetrarlo, porque esa lucha es mi alimento y es mi consuelo” (*Id.* 257). La religión es un movimiento del hombre a la experiencia trascendente que le da sentido a su vida y a su muerte. Por el dogma puede resultar muy fácil demostrar la existencia de Dios, pero la verdadera religión es aquella que tiene como experiencia profunda y fundamental el querer que Dios exista.

Nadie ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios, pero tampoco de su no existencia; los razonamientos de los ateos me parecen de una superficialidad y futilidades mayores aún que los de sus contradictores. Y si creo en Dios, o, por lo menos, creo creer en Él, es, ante todo, porque quiero que Dios exista, y después, porque se me revela, por vía cordial, en el Evangelio y a través de Cristo y de la Historia. Es cosa de corazón. (*Ibid.*)

Se vuelve a aquello de que las razones no son más que razones, es decir, ni siquiera son verdades, y de las razones no se alimentan el alma y el corazón. Los raciocinios son importantes cuando permiten llegar incluso a la experiencia espiritual y trascendente, no como un acto de sumisión sino de convicción, producto ésta de la agonía, de la lucha. “Sólo espero de los que ignoran, pero no se resignan a ignorar, de los que luchan sin descanso por la verdad y ponen su vida en la lucha misma más que en la victoria” (*Id.* 258). Era el deseo de Unamuno que quienes le leyeran no encontraran en él pensamientos hechos, sino cuestionar, nunca instruir sino seducir a pensar, a dudar, a luchar.

“Unamuno no quería divertir a sus lectores, ni instruirlos, ni hacerlos más sabios, ni siquiera convencerlos; quería dos cosas: existir para ellos, ser insustituible e inolvidable, perdurar en su memoria, la primera; la segunda, ‘hacer que todos vivan inquietos y

anhelantes” (Marías 1946 24). El autor defiende la idea de que cuando se tienen convicciones fuertes, hijas de la lucha, la religión adquiere un verdadero sentido en la vida de las personas.

3.5. Ante la muerte, ¿religión o ciencia?

Lo que es evidente es que la religión sirve en esta vida para aliviar un poco el dolor que provoca la idea de tener que morir, pues ni siquiera la ciencia logra tal efecto, solo la experiencia personal de Dios y sus manifestaciones concretas. A pesar de esto, en el tiempo actual son muchos los que proclaman la supremacía de la ciencia invalidando las experiencias de lo trascendente y quitándole de esta forma todo fundamento a la religión. Ante esto expresó elocuentemente Unamuno:

La ciencia, en cuanto sustitutiva de la religión, y la razón en cuanto sustitutiva de la fe, han fracasado siempre. La ciencia podrá satisfacer, y de hecho satisface en una medida creciente, nuestras crecientes necesidades lógicas o mentales, nuestro anhelo de saber y conocer la verdad, pero la ciencia no satisface nuestras necesidades afectivas y volitivas, nuestra hambre de inmortalidad, y lejos de satisfacerla, contradícela. La verdad racional y la vida están en contraposición. (1912 358)

Aun así encontramos hoy día testimonios de científicos que, después de negar la validez de la religión y de Dios, terminan por creer.

Ni qué decir de los científicos mismos –me refiero a los grandes no a muchos de los científicos menores que se quedaron en el rencor y el rechazo por la religión que algunos de sus maestros universitarios les inculcaron cuando eran escolares- que en algún momento se alejaron de Dios y terminaron en el final de sus días abriéndole la puerta. La religiosidad de Einstein es innegable, el ateísmo de Stephen Hawking era

literal. Podríamos decir que el ateo más recalcitrante en la ciencia del siglo XX era Hawking, influyendo dos generaciones completas de astrofísicos, pero hace poco comenzó su acercamiento a Dios. Su pequeña cabecita se dio cuenta de lo insignificante que somos en el universo, a pesar de ser un genio. (Carvajal 2010 103).

Pero no es justo olvidar los méritos de la ciencia, pues es evidente que esta le ha facilitado mucho la vida al hombre; la vida, incluso la manera de acercarse a la muerte, pero no puede hacer nada frente a la muerte como un hecho real. Por eso Unamuno, que era un hombre más visceral, que pensaba con todo el cuerpo, escribió:

La ciencia es un cementerio de ideas muertas, aunque de ellas salga vida. También los gusanos se alimentan de cadáveres. Mis propios pensamientos, tumultuosos y agitados en los senos de mi mente, desgajados de su raíz cordial, vertidos a este papel y fijados en él en formas inalterables, son ya cadáveres de pensamientos. ¿Cómo, pues, va a abrirse la razón a la revelación de la vida? Es un trágico combate, es el fondo de la tragedia, el combate de la vida con la razón. ¿Y la verdad? ¿Se vive o se comprende? (1912 347)

Se comprende por la ciencia, se facilita la vida y se logran comprender muchas de sus realidades; pero la muerte y lo que este paso le depara al hombre no se comprende, por lo menos no a la manera de la ciencia y de la razón; se tiene una especie de comprensión basada en la fe, en la esperanza, en ese conato o esfuerzo de cada hombre por seguir viviendo, por seguir siendo hombre. Sin embargo, Freud apunta que la religión no tiene el mismo efecto para todos, ya que:

Tampoco la religión puede cumplir sus promesas, pues el creyente, obligado a invocar en última instancia los “inescrutables designios” de Dios, confiesa con ello que en el sufrimiento sólo le queda la sumisión incondicional como último consuelo

y fuente de goce. Y si desde el principio ya estaba dispuesto a aceptarla, bien podría haberse ahorrado todo ese largo rodeo. (Freud 1995 CD-Rom).

¿Sumisión? Sí, ¡sumisión!; eso significa, por ejemplo, la palabra islamismo, *sometimiento*, que no es una simple palabra, es una religión. Aunque la religión pueda responder a las incertidumbres del hombre, ella misma le recuerda que está sometido, predeterminado; ya el ser superior al que se somete sabe y conoce lo que le sucederá, por eso rezan los cristianos *Hágase tu voluntad*, la suya y no la del hombre. La religión es así el vehículo por medio del cual ese Dios que ha creado al hombre justifica su intromisión en su existencia toda; o quizás no es intromisión sino creación, porque Él no se entromete en la vida del hombre sino que la crea a su antojo. Ahí está la religión para llevar al hombre a tener fe, fe y esperanza en que aquel que *lo mata* le dará nueva vida, sea en la reencarnación o en la resurrección, o quizás en planetas más evolucionados como están dados en creer muchos hombres desesperados del tiempo actual.

La religión no es otra cosa más que resignación aunque ella misma predique que el hombre no puede ser resignado sino fortalecido. “Sólo los débiles se resignan a la muerte final, y sustituyen con otro el anhelo de inmortalidad personal. En los fuertes, el ansia de perpetuidad sobrepuja a la duda de lograrla y su rebose de vida se vierte al más allá de la muerte” (Unamuno 1912 315). Así, el cristianismo lleva a creer en *Alguien* que no muere, para así no morir el hombre tampoco. “Desde que el Cristo resucitado triunfó de la muerte, la muerte en este mundo es la verdadera muerte, y la muerte física, acceso a la vida eterna. Por eso el cristianismo está comprometido a desear la muerte con alegría, como un nuevo nacimiento” (Ariès 1984 19).

Sin embargo, la muerte que se espera con alegría y esperanza suele terminar en resignación. Ahora, si la religión termina siendo resignación, ¿qué papel juega la razón ante la certeza de la muerte? “Ni, pues, el anhelo vital de inmortalidad humana halla confirmación racional, ni tampoco la razón nos da aliciente y consuelo de vida y verdadera finalidad a ésta” (Unamuno 1912 360). Si la razón no da consuelo y la religión termina en

resignación, de manera que ni la una ni la otra dan certeza al hombre sobre la inmortalidad de su alma, se sumerge en la experiencia de la constante decepción y desesperación. Hay quienes afirman que el hombre, a diferencia de los animales, puede tomar sus propias decisiones, en sus manos está el cuidado del planeta, el *progreso* de las naciones, el dominio sobre las demás especies, pero se le escapa lo más importante: la posibilidad de decidir sobre su muerte, sobre su inmortalidad, así mismo como no puede decidir sobre su vida ni su origen.

Se impone, entonces, el tema de la libertad, que es tan discutido y sobre el cual hay tantas apreciaciones; y frente al tema de la muerte, que es un hecho real, pero que escapa a la decisión del hombre, la religión habla de la obediencia, buscando menguar así el dolor y la angustia que produce al hombre sentirse incapaz e imposibilitado de decidir sobre su propia muerte. Quizá la capacidad que tiene el hombre de obedecer es lo que lo hace libre. Cita Unamuno, pensando en Pascal, una carta de San Ignacio de Loyola, escrita en 1553 para los padres y hermanos Jesuitas de Portugal, en la que se establecen los tres grados de obediencia.

El primero ‘consiste en la ejecución de lo que es mandado, y no merece el nombre por no llegar al valor desta virtud si no se sube al segundo de hacer suya la voluntad del Superior; en manera que no solamente haya ejecución en el efecto, pero conformidad en el afecto con un mismo querer y no querer (...) Pero quien pretenda hacer entera y perfecta oblación de sí mismo, ultra de la voluntad, es menester que ofrezca el entendimiento (que es otro grado, y supremo, de obediencia) no solamente teniendo un querer, pero teniendo un sentir mesmo con el Superior, sujetando el propio juicio al suyo, en cuanto la devota voluntad puede inclinar el entendimiento’. Porque ‘todo obediente verdadero debe inclinarse a sentir lo que su Superior siente’. Es decir, creer verdadero lo que el superior declara tal. (Unamuno 1924 595)

Una persona agónica, que hace de la religión el fundamento de su esperanza en la inmortalidad, considera sagrada la voluntad de Dios y busca obedecerle, aunque esta obediencia le traiga más agonía en tanto muchos de los designios de Dios, según lo han enseñado, no corresponden al querer natural del hombre. Pero para disminuir la agonía por la falta de libertad, el hombre se *hace* obediente, esperando conseguir así un pasaporte a la inmortalidad, ya que quien no se ajusta al querer divino termina en la muerte eterna y definitiva, en el olvido de Dios que no tiene vuelta atrás.

Se ha enseñado que la vida plena y perfecta es volver a Dios, de quien proviene el hombre, mientras que la muerte eterna y definitiva es el olvido y la ausencia de Dios. Para aspirar a esa vida que es Dios, el hombre debe someter su vida en total obediencia, la cual no basta con hacer lo que Dios quiere sino en hacer propia su voluntad y en llegar a hacer propios los sentimientos divinos. Debe decir entonces con San Pablo: “y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gálatas 2: 20), no puede seguir viviendo el hombre, sino que Dios debe vivir en él. El hombre tiene que dejar de ser él para acomodarse a la voluntad de ese Ser Superior, que parece que no le regala la vida al hombre, sino que hace un intercambio: la vida a cambio de su libertad. “Y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo” (Levítico 26: 12). Esta es la agónica libertad del hombre: su decisión de obedecer para obtener más vida, o la desobediencia que lleva a la muerte.

Ahora bien, surge otro interrogante contradictorio, y a la vez una posibilidad: ¿Después de morir se puede vivir en la memoria de otros y ser inmortal de esta manera? Pues el olvido y la ausencia eterna de Dios no implican para el hombre el olvido de aquellos en quienes haya dejado una huella, una gran historia, y ya se ha dicho antes que no importa si es una historia hecha con bondad o con maldad, con paz o con sangre, lo que importa es que haya sido una gran historia. ¿Acaso la memoria y el recuerdo en las gentes y en los pueblos no puede redimir de ese olvido y ausencia de Dios? No se encuentran mayores garantías para aquellos que se ganan la vida eterna, la presencia plena y perfecta de Dios, pero que al no hacer una historia significativa son olvidados pronto por los demás hombres y pueblos. Permanecer en la memoria de los que quedan garantiza en cierta

manera la inmortalidad, pero la inmortalidad en la vida eterna sigue siendo una cuestión de fe. Aun así, para el corazón agónico es mejor no arriesgarse y obedecer al cristianismo que invita a clamar *hágase tu voluntad*; libremente obedece el hombre para merecer la vida eterna.

CONCLUSIONES

Lo cierto de la incertidumbre

Después de hacer un ejercicio hermenéutico, de pensar y discurrir sobre la muerte, se van encontrando algunas conclusiones un tanto impregnadas tanto de certezas como de incertidumbres, de dudas y de agonía, quizás con un tinte de esperanza. Es el momento, además, de reconocer que los temas abordados se tornan inalcanzables y cuanto de ellos se diga es mínimo, pues siempre quedará en el hombre la inquietud por conocer más sobre estos temas e ir adquiriendo una cierta claridad que apacigüe al alma convulsionada que se enfrenta a realidades que encierran muchas incógnitas, como es el caso de la muerte. Interrogantes como *¿Vale la pena pensar en la cuestión de la muerte?*, *¿Qué sentido tiene la vida, si nacer es empezar a morir?*, *¿Resurrección del cuerpo o inmortalidad del alma?*, *¿Cómo puede el hombre saciar el hambre de inmortalidad?*, quedarán aún a la espera de una reflexión, de un sentir y un pensar.

No se puede decir menos al referirse a la persona y al pensamiento de don Miguel de Unamuno, de quien es posible conocer un poco, pero a quien es difícil interpretar de manera acertada y justa. Por lo tanto, se ha realizado un acercamiento a un escrito que de ninguna manera se aproxima a un ejercicio con rigor científico, en donde no hay respuestas claras y precisas a cuestiones sumamente importantes para el hombre de carne y hueso. Tal y como se expresó al principio, no es más que un ejercicio filosófico, pero desde la concepción unamuniana de la filosofía.

Así, pues, el tema de la muerte ha llevado a pensar en muchas realidades de la vida del hombre; de la vida, no solo de la muerte, pues de la muerte se sabe tan solo que el hombre muere. Pero esa certeza de la muerte sumerge al hombre en una variedad de experiencias que tienen que ver no propiamente con la realidad de la muerte sino con la

manera como se asume dicha realidad. De ahí que todos los hombres asumen formas muy diferentes de llevar la vida; es una cuestión incluso cultural ya que, dependiendo de la cultura, de la época en que se vive, de las costumbres de un grupo, se comprende y se asume la muerte; de ahí que la vida y la muerte tienen que ver con la cultura y, desde esta, las religiones, los códigos morales y éticos. A pesar de lo anterior se conocen muchas personas que parece que van *contra corriente* porque no se acomodan y no asumen dichos códigos éticos y morales, aunque desde niños se les hayan enseñado.

La muerte, que es una certeza, trae consigo la gran incertidumbre sobre lo que le depara al hombre este hecho trágico y doloroso. Es lo que se ha denominado como lo incierto, porque el hombre no quiere morirse del todo sino que quiere preservarse en su ser, quiere prolongar su existencia, de donde nacen las experiencias espirituales y religiosas, las creencias, los mitos, las religiones, incluso deseos tan humanos como la fama, la descendencia y el arte. Por la incertidumbre se comprende que no se puede pasar de simples especulaciones, pues de la muerte nunca se tendrán explicaciones claras y precisas o, como muchos han pretendido en algún momento, soluciones. La muerte no puede concebirse más como un problema que requiere de una solución, no puede buscarse más la posibilidad de esquivarla, pues dado que el hombre es el único ser consciente de su muerte, lo verdaderamente humano y noble es asumirla y esperarla como una experiencia personal, única y definitiva ya que dará la posibilidad de comprobar lo que verdaderamente es el hombre, su destino, su fin y su finalidad, y permitirá a la vez confrontar sus creencias y sus opciones personales frente a la incertidumbre que trae consigo el hecho de morir.

Es una gran tarea, y nada fácil, acercarse a tratar de interpretar la vida y el pensamiento de don Miguel de Unamuno, pues de él se viene explorando y empezando a valorar, apenas desde hace poco tiempo, sus aportes al conocimiento, a la poesía, a la literatura y a la filosofía. Si bien al principio se cuestionaba si él logró conciliar su razón con su fe, la esfinge con el corazón y todos sus padecimientos, es acertado concluir que no, y precisamente su contradicción interior fue aquello que lo movió y lo motivó a llegar a ser quien es, aunque no fuera eso lo que buscaba. Pero para él “todo esfuerzo era a la vez una

obligación y un trabajo de terapia espiritual” (Ouimette 60). Comprendió también Unamuno que “la vida del cristiano auténtico es tanto más vida cuanto más insoluble. [Él] asumió la tarea de demostrar que la armonía es la muerte, la auténtica y definitiva; la lucha, en cambio, es dinamismo y vida” (*Ibid.*).

La vida de Unamuno fue lucha, así como la vida de todos aquellos que buscan conciliar sus contradicciones interiores, aunque no se logre tal objetivo; se hace así la vida dinámica y con un auténtico sentido existencial. Fue así como el pensador español llegó a proponer temas y alternativas que generaban malestar e incomodidad en muchos personajes de su época, muchos de ellos expertos en esos temas. Unamuno propuso, por ejemplo, volver a la espiritualidad trascendiendo la simple religiosidad y el dogma que matan y no dan vida; espiritualizar la fe y el dogma, ya que es un fundamento espiritual muy necesario para que el hombre encuentre consuelo, justifique su vida y espere la vida eterna.

En cuanto a la ciencia, es evidente que Unamuno no encontró en ella refugio para su agonía, al contrario, parece que hacía más hondo su sentimiento trágico. “La ciencia puede muy bien enterrar a la religión, pero es cuando ya la religión está muerta y se hace objeto de aquella; jamás puede ser causa de muerte de ninguna forma de religión” (Scheler 2001 11). La religión se acerca más a la vida del hombre, no así la ciencia, porque en la religión se encuentra consuelo y esperanza, y así mismo en la filosofía, aquella que se hace con todo el cuerpo, que se vive y se padece, una filosofía de la vida, la filosofía del hombre de carne y hueso.

Miguel de Unamuno, con su pensamiento, permeó también la política, las cuestiones de la nación, su nación que tanto amaba y le dolía y por lo cual se hizo merecedor del exilio. Propuso, además, la reflexión sobre el progreso y todo esto con buen conocimiento y fundamentación bíblica. “No son, pues, dos tendencias en Unamuno: una social y otra religiosa, sino que el problema social inmediato se caracterizaba, según su análisis, por la evaporación de la base espiritual que durante siglos había servido de sustento al hombre” (*Id.* 28). Lo espiritual es una dimensión esencial del hombre de carne y

hueso y una dimensión que encuentra auténtico sentido gracias a la experiencia de la muerte, de la agonía, de la lucha.

Se puede concluir, además, que el hombre es un ser para el recuerdo ya que le es propio recordar a los suyos, a los que se le han muerto; como se recuerda a Unamuno, quien quiso eternizarse y lo ha logrado mediante el recuerdo y la memoria de tantos hombres para quienes él sigue vivo en sus novelas, en sus ideas y pensamientos. Además, ante la inminente certeza de morir, todos los hombres quieren también ser recordados; esto es, que permaneciendo en la memoria de otros, que ellos no los dejen morir nunca. El hombre de carne y hueso, el que nace, crece y muere, sobre todo que muere, recuerda y quiere ser recordado cuando la certeza de su muerte se le haya convertido en su realidad más propia e íntima, realidad que no es más que la certeza de lo incierto.

Referencias bibliográficas

- Alfaro, Juan. *De la cuestión del hombre a la cuestión de Dios*. 3 Ed. Salamanca: Sígueme, 1997. Impreso.
- Ánjel, José Guillermo y Adolfo León Maya. *Comunicación, conflicto y ciudad*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2006. Impreso.
- Ariès, Philippe. *El hombre ante la muerte*. Madrid: Taurus, 1984. Impreso.
- Bauman, Zygmunt. *La sociedad sitiada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011. Impreso.
- Bauman, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013. Impreso.
- Biblia de Jerusalén. Desclée De Brouwer. 1998 Bilbao.
- Burgos Velasco, Juan Manuel. *Antropología: una guía para la existencia*. Madrid: Palabra, 2005. Impreso.
- Carvajal Godoy, Johman. “La dimensión religiosa de lo humano en el contexto de la cultura contemporánea”. *Revista Pensamiento Humanista*, 7, (2010): 97-113.
- Castañón Gómez, Ricardo. *Más allá de la razón*. 2 Ed. Cochabamba: Grupo Internacional para la Paz, 2009. Impreso.
- Comte-Sponville, André. *Diccionario Filosófico*. Barcelona: Paidós, 2005. Impreso.

- Cury, Augusto. *El Maestro de la Vida. Análisis de la Inteligencia de Cristo*. Nashville, Estados Unidos: Grupo Nelson, 2009. Impreso.
- Espinosa, Baruch de. *Ética demostrada según el orden geométrico*. Traducción de Vidal Peña. Madrid: Orbis Hispanoamérica, 1980. Impreso.
- Florián, Víctor. *Diccionario de Filosofía*. Bogotá: Panamericana, 2002. Impreso.
- Frankl, Viktor. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder, 2004. Impreso.
- Freire, José Benigno. Prólogo. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder, 2004. Impreso.
- Freud, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Obras completas. Edición hipertextual multimedia. Hipertexto: Biblioteca eLe (editorial del libro electrónico). Ediciones Nueva Hólade, 1995. CD-Rom.
- Freud, Sigmund. “De guerra y muerte”. Temas de actualidad. 1915. Web. (Consultado el 16 de mayo de 2013).
- Gevaert, Joseph. *El problema del hombre. Introducción a la antropología filosófica*. Salamanca: Sígueme, 1976. Impreso.
- Heráclito – Parménides. *Fragmentos*. Traducción de Luis Farré y José Antonio Miguez. Barcelona: Orbis, 1983. Impreso.
- James, William. *Pragmatismo*. Madrid: Alianza, 2000. Impreso.
- Marías, Julián. *Historia de la Filosofía*. Madrid: Alianza, 2008. Impreso.

- Marías, Julián. Prólogo, 1946. *Obras completas de Miguel de Unamuno*. 7 Ed. Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente, 1969. Impreso.
- Olaizola, José Luis. *Amor e inmortalidad en el pensamiento y en la vida de Julián Marías*. 1994. Web. (Consultado el 10 de octubre de 2013).
- Ospina, William. “El último cuento de Bradbury”. *El Espectador*, 2012. Web. (Consultado el 24 de febrero de 2013).
- Ouimette, Victor (Ed.). Introducción. *La agonía del cristianismo*. Madrid: Espasa-Calpe, 2008. Impreso.
- Platón. *Fedón*. Presentación y traducción de Carlos García Gual. Madrid: Editorial Gredos, S. A. 2010. Impreso.
- Ramírez Valencia, José Raúl. *Individualidad y Personalidad en la Obra Sentimiento Trágico de la Vida en los Hombres y en los Pueblos de Miguel de Unamuno*. Dissertatio ad Licentiatum. Roma, 2000.
- Rosental, M. M. y P. F. Ludin. *Diccionario filosófico*. Bogotá: Ediciones Universales, 2004. Impreso.
- Saramago, José. *Las intermitencias de la muerte*. Barcelona: Círculo de Lectores, 2005. Impreso.
- Savater, Fernando. *La vida eterna*. Barcelona: Círculo de Lectores, 2007. Impreso.
- Scheler, Max. *Muerte y Supervivencia. Opuscula Philosophica*. Madrid: Encuentro, 2001. Impreso.

Suárez Molano, José Olimpo. *Richard Rorty: el neopragmatismo norteamericano*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2005. Impreso.

Unamuno, Miguel de. Abel Sánchez. En *Obras Selectas*. Madrid: Plenitud, 1928. Impreso.

Unamuno, Miguel de. *Amor y Pedagogía*. 2 Ed. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1902. Impreso.

Unamuno, Miguel de. Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos. En *Obras Selectas*. Madrid: Plenitud, 1912. Impreso.

Unamuno, Miguel de. *El espejo de la muerte y otros relatos novelescos*. Barcelona: Juventud, 1923. Impreso.

Unamuno, Miguel de. *La agonía del cristianismo*. 1924. Madrid: Espasa-Calpe, 2008. Impreso.

Unamuno, Miguel de. La tía Tula. En *Obras Selectas*. Madrid: Plenitud, 1910. Impreso.

Unamuno, Miguel de. La vida es sueño. Reflexiones sobre la regeneración de España. En *Obras Selectas*. Madrid: Plenitud, 1898. Impreso.

Unamuno, Miguel de. Mi religión. En *Obras Selectas*. Madrid: Plenitud, 1907. Impreso.

Unamuno, Miguel de. Nada menos que todo un hombre. En *Obras Selectas*. Madrid: Plenitud, 1916. Impreso.

Unamuno, Miguel de. Niebla. En *Obras Selectas*. Madrid: Plenitud, 1914. Impreso.

Unamuno, Miguel de. San Manuel Bueno, Mártir. En *Obras Selectas*. Madrid: Plenitud, 1930. Impreso.

Unamuno, Miguel de. *Verdad y Vida*. 1908. Web. (Consultado el 23 de noviembre de 2012).

Unamuno, Miguel de. *Vida de don Quijote y Sancho*. 12 Ed. Colección Austral. Madrid: Espasa-Calpe, 1961. Impreso.

Wittgenstein, Ludwig. *Sobre la certeza*. Barcelona: Gedisa, 2000. Impreso.

Yourcenar, Marguerite. *Memorias de Adriano*. Barcelona: Orbis, 1988. Impreso.

Zambrano, María. Prólogo. *Unamuno*. Barcelona: Debate, 2003. Impreso.

Zuleta, Estanislao. *Arte y filosofía*. Medellín: Lealon, 2007. Impreso.

Bibliografía complementaria

Aguinaga Alfonso, Magdalena. “La tragedia del jugador íntegro o la razón de la sinrazón”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 33. Universidad de Salamanca, 1998.

Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Navarra: Instituto Cervantes, 2004. Impreso.

- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Volumen complementario. Barcelona: Instituto Cervantes, 2004. Impreso.
- Cifo González, Manuel. “Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 31. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1996.
- Cifo González, Manuel. “Humor, burla, ironía y sátira en Niebla: algunas propuestas para la lectura de la Nivola Unamuniana”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 35. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2000.
- Cioran, E.M. *En las cimas de la desesperación*. Barcelona: Tusquets, 2009. Impreso.
- Cordero del Campo, Miguel A. “¿Tragedia o tortura? en El sentimiento trágico de la vida, de Miguel de Unamuno”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 38. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2003.
- Cortázar, Julio. *Cuentos completos*. Madrid: Alfaguara, 2010. Impreso.
- Dobón Antón, María Dolores. “La otra tía Tula: El lado oscuro de la Luna”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 31. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1996.
- Fernández González, Ángel-Raimundo. “Nueva lectura del ‘Diario íntimo’ de Unamuno”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 32. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1997.
- Fernández Turienzo, Francisco. “Unamuno, lo inconsciente y la historia”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 32. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1997.
- Ferrater Mora, José. *Diccionario de Filosofía*. Barcelona: Ariel, 2009. Impreso.

Fonnegra, Isa. *De Cara a la Muerte*. Bogotá: Intermedio Editores, 2009. Impreso.

Goethe, Johann Wolfgang. *Las penas del joven Werther*. Bogotá: Norma, 1999. Impreso.

González Martín, Vicente. “El pensamiento y la ciencia italiana contemporánea en Unamuno”. *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, IV. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1977.

Heidegger, Martín. *El ser y el tiempo*. 13ª reimpresión. México: Fondo de Cultura Económica, 2007. Impreso.

Franz, Thomas R. “Niebla y los trabajos del infatigable creador Pío Cid: Ganivet como catalizador de la primera modernidad española”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 40. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2005.

Franz, Thomas R. “Niebla y su único hijo”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 36. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2001.

Fromm, Erich. *Ética y Psicoanálisis*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006. Impreso.

Gelabert Ballester, Martín. “La fe que brota de la esperanza (Valoración teológica de la concepción Unamuniana de la fe)”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 32. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1997.

Gelabert Ballester, Martín. “Nacer de nuevo para ir a la luz. Encuentro de Jesús con Nicodemo según Unamuno”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 42. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2006.

- Jaspers, Karl. *La fe filosófica*. Biblioteca de obras maestras del pensamiento. Buenos Aires: Losada, 2003. Impreso.
- Korkonosenko, Kirill. “Miguel de Unamuno, ‘un extraño Rusófilo’”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 35. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2000.
- Machado, Antonio. *Antología poética*. Bogotá: Alfaguara, 2010. Impreso.
- Neruda, Pablo. *Antología general*. Real Academia Española. Lima: Asociación de Academias de la Lengua Española, 2010. Impreso.
- Orringer, Nelson R. “Concebirnos como no existentes. El problema de editar al filósofo Unamuno”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 38. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2003.
- Orringer, Nelson R. “Pascal, portavoz de Unamuno y clave de La Agonía del Cristianismo”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 42. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2006.
- Paredes Martín, M. del Carmen. “Saber y creer en ‘Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos’”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 30. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1995.
- Paredes Martín, M. del Carmen. “Conocimiento y realidad en ‘Del Sentimiento Trágico de la Vida’”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 35. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2000.
- Pascual Mezquita, Eduardo. “Presente y futuro de la tradición en Miguel de Unamuno”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 33. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1998.

- Rivera, Enrique. "El tema de Dios en M. de Unamuno (Nuevas reflexiones)". *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, V. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1978.
- Schopenhauer, Arthur. *El amor, las mujeres y la muerte*. Bogotá: Unión, 2004. Impreso.
- Secchi, Mario. "La filosofía de Unamuno: implicaciones y derivaciones místicas". *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 33. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1998.
- Segarra Guarro, Rodrigo. "Eso Anthropos. Claves para la comprensión de la fe en don Miguel de Unamuno". *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 30. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1995.
- Self, David. *Enciclopedia de las Religiones del Mundo*. Bogotá: San Pablo, 2010. Impreso.
- Serrano Ramírez, José Manuel. "Unamuno, la voz de la conciencia agónica: radiografía de un hombre de acción". *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 30. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1995.
- Sousa Leitao, Isilda Maria. "Tragedia y 'desnudez extrema' en Fedra de Miguel de Unamuno". *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 40. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2005.
- Summerhill, Stephen J. "Re-lectura de Nada menos que todo un hombre: Alegoría de la creación". *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 40. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2005.

Tellechea Idígoras, J. Ignacio. “La crisis espiritual de Unamuno de 1897. Fragmento inédito de una carta unamuniana a Lepoldo Gutiérrez Abascal”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 32. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1997.

Wittgenstein, Ludwig. *Conferencia sobre ética*. Barcelona: Paidós, 1997. Impreso.

Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus lógico-philosophicus*. Madrid: Alianza, 2007. Impreso.

Yourcenar, Marguerite. *Cuentos completos*. Bogotá: Alfaguara, 2011. Impreso.

Zubizarreta, Armando. “La derrota del protagonista de la búsqueda (Unamuno: ‘Diario Íntimo de 1897’)”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 32. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1997.